

boletín 32 editorial

DE EL COLEGIO DE MÉXICO



CULTURA Y DESARROLLO: ETNOGRAFÍA DE
UNA COMUNIDAD MEXICANA

ANTONIO ALATORRE Y JUAN JOSÉ ARREOLA:
UN DIÁLOGO

LA EDUCACIÓN EN LA ÉPOCA COLONIAL

DIBUJOS INÉDITOS DE IGNACIO RAMÍREZ
"EL NIGROMANTE"

378.7205
M611bo
1990
No.32

Julio-agosto 1990

1940
EL COLEGIO
DE MÉXICO
1990

Departamento de Publicaciones



EL COLEGIO DE MÉXICO

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
Teléfono 568-6033
Telex 1777585 COLMEX
Cable COLMEX
Fax 652-6233

Presidente

Prof. Mario Ojeda Gómez

Secretario General

Dr. José Luis Reyna

Coordinador General Académico

Mtro. Rafael Segovia

Secretario Adjunto "A"

Lic. Alberto Palma

Secretario Adjunto "B"

Lic. Humberto Dardón

Director de Publicaciones

Lorenzo Ávila

BOLETÍN EDITORIAL

Redacción

Héctor Toledano

Diseño

Mónica Díez Martínez

Publicidad y ventas

María Teresa Martínez
Tel. 568 60 33 ext. 297 y 388

Formación

Ezequiel de la Rosa

Tipografía

Literal, S. de R.L. MI.

ÍNDICE

Cultura y desarrollo

Lourdes Arizpe

3

La herencia medieval de México

Michel Graulich

5

La Gran Enciclopedia Rialp

12

Antonio Alatorre, Profesor Emérito
de El Colegio de México

13

Acta de la reunión de la
Junta de Gobierno celebrada
el 29 de junio de 1990

14

Antonio Alatorre y Juan José
Arreola: un diálogo

15

Dos páginas de la historia de México

Silvio Zavala

23

El servicio personal de los indios en
la Nueva España

Peter Bakewell

25

Los métodos de evangelización

Pilar Gonzalbo Aizpuru

28

Altar de muertos

Mariela Álvarez

32

CULTURA Y DESARROLLO

Lourdes Arizpe

Recientemente, el libro de Lourdes Arizpe Cultura y desarrollo: una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana, publicado por el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México en coedición con la UNAM y la editorial Miguel Ángel Porrúa, fue distinguido con el Premio Fray Bernardino de Sabagún 1990 que se otorga a la mejor investigación en antropología social. Enviamos una calurosa felicitación a la Dra. Arizpe y presentamos a continuación una parte de la Introducción de la obra galardonada.

Todo fin de época es preludio de incertidumbres. Con signos premonitorios percibimos que acaba el milenio y, con él, también la primera era del industrialismo, que se transforma hoy a través de la microelectrónica, la biotecnología, la informática y la superconductividad. La nueva era trastocará la estructura de clases sociales, las fronteras geopolíticas y la distribución social de los sistemas de creencias y valores. Que no sorprenda entonces que la reflexión y el debate sobre el desarrollo y la democracia, cauces para un futuro sostenible, se orienten nuevamente hacia la cultura. Con toda su ambigüedad de significados y sobreposición de fronteras, la cultura sigue siendo el campo en el que se dirime el sentido del desarrollo social.

En este campo, se invoca la cultura, por una



parte, para reorientar el desarrollo hacia lo que se ha bautizado como desarrollo humano o evolución a escala humana. Por otra, se atribuyen a fenómenos culturales gran parte de los males que aquejan tanto a países industriales como a las naciones del Sur. Se argumenta, por ejemplo, que la cultura posmoderna es a la vez causa y reflejo del deterioro económico y social en países de capitalismo tardío; y se insinúa que la ausencia de una cultura propicia para el capitalismo, provoca la falta de dinámica del desarrollo en países de capitalismo dependiente. En el terreno político el cambio en las creencias y valores habría provocado el desapego político y la alineación social en los primeros y la evasiva consolidación de la democracia en los segundos.

Cabe mencionar que mientras rendían sus frutos los avances materiales de los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la proyección de la cultura de Occidente, avalada por los signos del progreso, se había tomado como un hecho inherente, inalterable. Hoy que la tiranía de la producción bélica en el Norte, la profundización de la pobreza en el Sur y la depredación ecológica planetaria contradicen los designios de sus creadores, se busca la esperanza de nuevas concepciones. Que calmen las angustias por los súbitos e impredecibles cambios tecnológicos y económicos; que marquen nuevos puntos de referencia en un mundo multipolar y pluralista; que detengan el olvido y el deterioro de nuestro rico patrimonio cultural; y que sostengan por encima de las máquinas y las armas de la destrucción, el designio de la sobrevivencia y la convivencia humanas.

Hoy ese diseño está en reconstrucción. Y la cultura es la materia esencial con la cual se tiene que reconstruir. En suma, de tanto ser invocada lo mismo para una liturgia que para un disparate, la cultura profunda ha venido saliendo cada vez más a flote, como el bosquejo original de la mano del artista en una pintura que hoy puede hacerse visible con sorprendentes técnicas electrónicas. Necesitamos conocer de nuevo ese bosquejo para restaurarle el sentido al cuadro social. Y lo que ha dejado al descubierto ese bosquejo es la textura infinitamente polivalente de aquello que llamamos "cultura". Por un lado, transformada en "caja negra", al explicar todo vagamente, acaba por no explicar nada, opacamente. Por otro, cuando se pierde de vista su compleja naturaleza de significado y comunicación, se vuelve tan transparente que acaba por ser confundida con las artes, los textiles y los cascabeles.

¿Cómo domeñar este instrumento que da tantos "saltos jabonados de delfín"? Los tiempos no están como para abordarlo a partir de los grandes sistemas ideológicos. Están como para regresar a las comunidades a preguntar qué incertidumbres y problemas expresan distintos grupos sociales, qué cambios los afectan y cómo perfilan sus movimientos y soluciones. Los paradigmas académicos están cansados: las preguntas frescas, renovadoras, tienen que salir de lo real, para construir un nuevo análisis social pertinente.

De ahí que se haya tomado la decisión de estudiar la cultura, en relación con las grandes transformaciones del desarrollo reflejadas a nivel local, en el municipio de Zamora, Michoacán. Allí se pudo constatar que, lejos de ser una entidad aislada y cerrada, en Zamora, región a 350 km de la ciudad de México, causan estruendo las decisiones tomadas en el Distrito Federal, en Washington o en Roma. Esas decisiones y sus efectos concomitantes, aunque muchos de estos últimos deseados por algunos grupos, están provocando un gran vacío cultural porque no hay una cabal comprensión de la naturaleza y orientación de los cambios que los afectan. Se trata, además, de una cultura conservadora, con fuerte arraigo católico, que resiente con mayor fuerza los cambios. Por cierto que en el ámbito del estudio de la cultura



en México y en América Latina, son muy pocas las investigaciones que se han dedicado al análisis de las culturas conservadoras; en cambio, son mucho más frecuentes las de grupos progresistas.

Son múltiples las corrientes que en ciencias sociales analizan hoy en día la cultura, pero se orientan, a grandes rasgos, en dos tendencias distintas. Una, la de la reflexión interpretativa, investiga la naturaleza de los lenguajes, sus estructuras y reglas de transformación convirtiendo a la cultura en texto y en poética. Comprende esta corriente, entre otras, la etnometodología, el estructuralismo, el postestructuralismo, la semiótica y la antropología interpretativa.

La segunda corriente insiste, en cambio, en tratar de explicar la relación entre fenómenos culturales y estructura social, entendida ésta, en su acepción amplia de estructura económica y política. Aquí se sitúan los estudios de la construcción social de la realidad, de la ideología, de la relación entre modernización y cultura, del análisis de la dominación cultural en

todas sus modalidades y de búsqueda de nuevos modelos de comunicación social. El estudio que se presenta en este libro se inscribe en esta corriente.

En México existe una larga tradición de reflexión acerca de la cultura en su contexto social. A partir de la creación del discurso político sobre la cultura nacional iniciado por José Vasconcelos en los años veinte, se desarrollaron políticas culturales, estudios antropológicos, investigaciones filosóficas, psicológicas y literarias y feroces debates acerca de la naturaleza del mexicano y de "lo mexicano".

Pero han prevalecido más en este campo el discurso y la interpretación de los intelectuales acerca de su visión de lo que es la cultura mexicana, que la investigación y el análisis de sus características y movimientos. En México, como suele suceder, damos saltos. Estamos ya en las grandes interpretaciones pero sabemos muy poco acerca de lo que piensan los mexicanos de carne y hueso. Y no es, por cierto, un detalle menor. El rumbo que tomen los acontecimientos, como lo ha mostrado siempre nuestra historia y como lo ha reiterado

1988, dependerá más de lo que piense la gente que de lo que se interprete en abstracto.

Por su importancia, vale explicar una de las razones por las que el estudio de la cultura mexicana ha quedado soslayado en el campo de las ciencias sociales. La influencia de la antropología culturalista, que se hizo sentir desde el momento en que Franz Boas dictó cursos iniciales en la Escuela Nacional de Antropología, hizo que se privilegiara el estudio de las diferencias culturales. Es decir, se definieron las culturas en México a partir de fronteras lingüísticas, pero únicamente de las lenguas indígenas, por lo que la investigación antropológica se centró en el estudio de los grupos indígenas. Se justifica tal enfoque, claro está, porque esos grupos han sido los más explotados y marginados en la historia de México.

Sin embargo, significó que la cultura mexicana, es decir, esa riquísima herencia de creatividad cultural que significó la mezcla, no por desigual o atropellada menos real ni creativa, que se fue entretejiendo desde el siglo XVI hasta hoy, quedó, curiosamente, fuera del campo de estudio de la antropología mexicana.

LA HERENCIA MEDIEVAL DE MÉXICO

Michel Graulich

Desde hace más de cuarenta años Luis Weckmann se propuso mostrar los elementos medievales en la América Latina colonial y sobre todo en México. A quien no esté familiarizado con la historiografía latinoamericana, puede parecerle evidente que los españoles que llegaron a América a principios del siglo XVI necesariamente introdujeron en ella lo que conocían en su mundo. Sin embargo, con demasiada frecuencia caemos

en la trampa de la periodización y preferimos ver en éstos descubrimientos el inicio de los tiempos modernos más que un resultado de la Edad Media. De cualquier manera, cuarenta años de largas y fructíferas investigaciones desembocaron en la presente obra, un inventario monumental de todo lo que los primeros colonizadores aportaron a México.

Para empezar, Weckmann explora la mentalidad de los conquistadores y la imagen que se habían hecho de las tierras por descubrir. Nos habla de sus recursos, sus armas, su equipaje caballeresco. Cada página bulle de información exhaustivamente enumerada y las copiosas notas y referencias a pie de página son un auténtico tesoro.

En seguida tenemos una parte consagrada a la religión, a los antecedentes medievales de la evangelización, los

místicos, los milagros... todo ello después de un capítulo intermedio dedicado a la intervención de lo sobrenatural en la Conquista. Las partes tercera y cuarta, igualmente exhaustivas y bien documentadas, se ocupan de las instituciones, la organización económica y social, las artes y la arquitectura.

Varios autores han dado su opinión sobre *La herencia medieval de México*: Charles Verlinden y Silvio Zavala —en la introducción al libro—, Francisco Guerra en la *Revista de Indias*, Greenleaf en *American Historical Review*, entre otros. Estoy de acuerdo con Verlinden, quien celebra la ausencia en Weckmann de ese "impresionismo vago", destinado al público masivo, que hoy en día es tan frecuente encontrar entre aquellos "que hubieran podido ser historiadores si no se hubieran convertido en cazadores de grandes tira-

Además, quedó también fuera del campo correspondiente de la sociología, avocada ésta fundamentalmente al estudio de lo social urbano. Apenas en los setenta se inició en sociología el estudio empírico de la cultura y la identidad mexicanas en los trabajos de Raúl Béjar y Héctor Capello. No es de sorprender, entonces, que la mayor parte de la literatura sobre la cultura mexicana se deba a filósofos, psicólogos y literatos. De ella sobresale el conjunto de la obra de Octavio Paz que, de una u otra manera, acaba siempre refiriéndose a la cultura en México. Por otra parte, en esta literatura la obra reciente más sociológica, por así decirlo, por su percepción de los fenómenos culturales en estrecha relación con los sociopolíticos, es la de Carlos Monsiváis. Referida solamente a la cultura urbana, ha logrado, sin embargo, constituir como campos de reflexión cultural fenómenos urbanos hasta entonces soslayados o abiertamente discriminados del espacio de la cultura. Vale mencionar también que la política de culturas populares ha permitido recoger y construir espacios culturales antes ignorados, tanto en el medio urbano como en el rural.

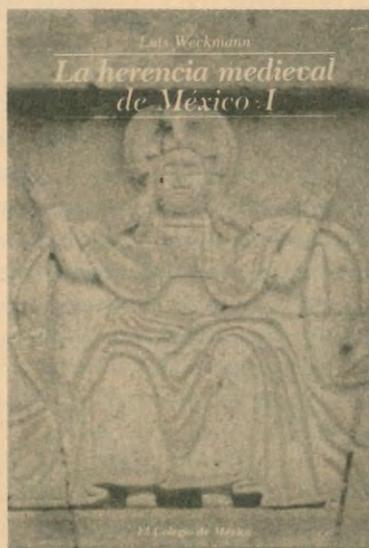
El estudio de Zamora, por tanto, se propuso restañar estas fisuras artificiales en el estudio de la cultura en México. Y se propuso estudiar la totalidad del campo cultural en un municipio en

que conviven la cultura mestiza, la cultura indígena purhé y la cultura hispanista, convivencia e interacción en la realidad que por lo general no se reflejan en los modelos teóricos. Además, el estudio buscó quebrar otra separación heurística que con frecuencia se reifica: la distinción entre cultura urbana y cultura rural. En el municipio se pierde la separación entre ambas, en especial por el intenso intercambio de bienes, trabajadores, comercio y visitas entre las localidades y la ciudad de Zomora. Es impensable, por lo demás, creer que cuatro siglos de convivencia de la cultura semiurbana mestiza e hispanista con la cultura rural purhé no hayan ya creado una estructura cultural compenetrada cuya totalidad en términos teóricos es más que la suma de sus partes.

Sin embargo, hay que ser cautos. La cultura, como expresión de creencias, es como esa selva maya que apenas se puede penetrar a machetazo limpio, porque todo está ensortijado con todo lo demás. Quizás sea por eso que la cultura aparece en las tareas de la ciencia social como en los mapa-mundis antiguos: como "territorio ignoto" o como el borde del fin del mundo conocido del que se precipitan los aventurados. Habrá que aventurarnos, pues. Vale empezar con una tarea modesta: hacer el mapa social de las creencias en México. Éste no se puede

jes". Por mi parte, me limitaré a hacer algunos comentarios a propósito de las civilizaciones precolombinas.

Lo que llama la atención desde un principio es cómo ese contacto entre culturas se realizó en un solo sentido: los españoles se impusieron en muchos aspectos pero adoptaron muy poco de las otras culturas, al contrario de lo que habían hecho con los árabes. Y es que en América el desequilibrio era demasiado grande, pues la superioridad europea en todos los terrenos era muy evidente, o al menos eso pensaban los principales interesados, es decir, los conquistadores. También los indios lo veían así, pues desde el principio vieron a los intrusos no como bárbaros o



demonios, sino como dioses. Pero basta con ver a los occidentales de la segunda mitad del siglo xx, con todos sus complejos, para poner en duda esa evidencia. Así, por un lado se encontraban los pueblos que tenían todavía un pensamiento mítico, "precopernicano", como decía Mary Douglas; y por otro los herederos tanto del pensamiento mítico como del milagro griego, de numerosas civilizaciones diferentes que se habían enriquecido mutuamente y de un saber milenario. En su *Conquête de l'Amérique* (París, Seuil, 1892), Todorov analizó con agudeza la desigualdad de oportunidades de las culturas en contacto.

Por otra parte, existen pocos ejem-

deducir de ningún esquema abstracto elaborado para otros países, a riesgo de caer en el dogmatismo vulgar que afirma "dime a qué clase social perteneces y te diré qué piensas". Cabe aclarar que irse al extremo contrario, de moda actualmente, de decir "dime qué piensas y te diré que sujeto social eres", nos hace correr el riesgo contrario hacia un idealismo tráfuga de la sociedad.

Se trata, por tanto, de abrir una nueva brecha de estudio para la cultura en México. De empezar a construir una etnografía del pensamiento de los mexicanos, que no la develación de los mitos y teorías culturales acerca de ellos. Pero, ¿qué significa, para los fines de este trabajo, ese "pensamiento"? Se exhiben ante nuestros ojos de científicos sociales un inventario multivariado de conceptos: cultura, superestructura, ideología, creencias, ideas, moral, ética, actitudes y valores, mentalidades. Cada uno de ellos se revisa someramente en el primer capítulo. Y nos quedamos con el de creencias, por razones que allí se explican y que expresa Ortega y Gasset inmejorablemente: "Las creencias constituyen la base de nuestra vida, el terreno sobre el que acontece... Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas 'vivimos, nos movemos y somos'."

Aquí se trata de lo profundo, de lo sumergido, de lo que está en el momento mismo en que se ofrece un enunciado. En efecto, es la arquitectura de la manera de pensar. ¿Será posible entrar a ella mediante un estudio empírico? Buena pregunta. Ése es el acompañante escéptico que nos seguirá a todo lo largo del trabajo. Cuando menos, en el intento mismo algo habremos ganado: atisbos, y una vereda que permita abrir más y mejores veredas.

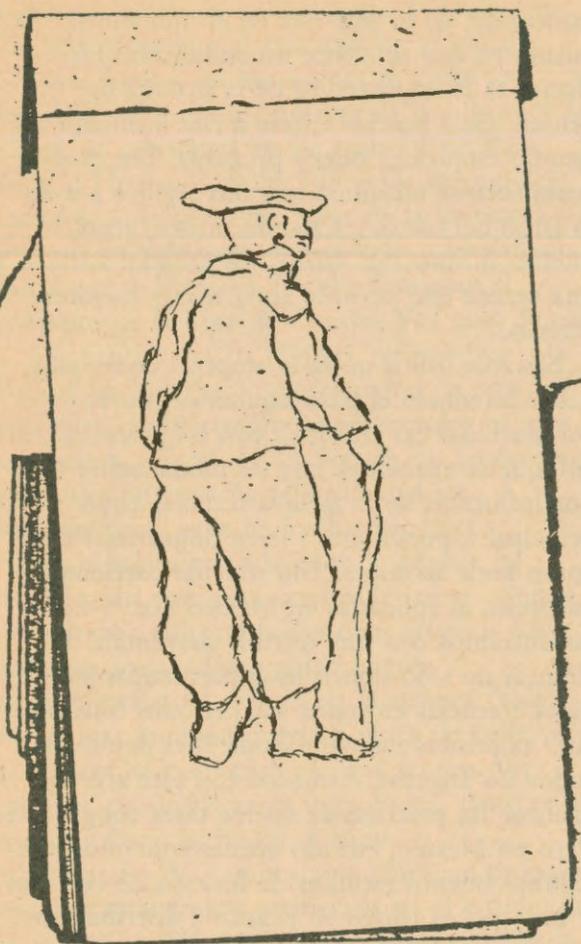
Bastante difícil es ya la empresa como para haber intentado el paso siguiente, esto es, correlacionar las creencias con las prácticas. Este enfoque se encuentra hoy de moda, sobre todo por influencia de la escuela francesa cuyo principal exponente es Pierre Bourdieu. Pero, como suele acontecer con muchas corrientes europeas, al aplicarlas en México nos encontramos con una terrible desventaja. En Francia no sólo tienen múltiples mapas sociales de la creencias en todos sus periodos históricos sino exquisitas radiografías de ellas desde casi todos los ángulos. Armados con este acervo, analizar las prácticas se vuelve tarea congruente. Pero en México, cuando apenas contamos con algunos buenos estudios de historia de las ideas y muy pocos trazos en cuanto a distribución social de las creencias, haríamos bien en empezar por localizar esta geología.

plos de pueblos tan opuestos entre sí y, sin embargo, tan parecidos en tantas cosas. Al igual que los conquistadores, los aztecas eran imperialistas implacables, guerreros feroces animados por un celo religioso rayano en el fanatismo. Además, su religión presentaba semejanzas con el cristianismo que asombraron a los misioneros. Weckmann menciona algunas de ellas. Practicaban extraños ritos de bautismo, de confesión y sobre todo de comunión; sus penitencias y castigos corporales cotidianos eran tan rigurosos que, en comparación, los de los monjes y flagelantes resultaban anodinas. El gusto de los aztecas por lo macabro era cuando menos tan pronunciado como



el de sus adversarios, a juzgar por las cabezas de víctimas sacrificadas que se exhibían junto a los templos. Incluso, las dos religiones en pugna, religiones de salvación, eran asombrosamente parecidas: también los antiguos mexicanos creían que una transgresión original, haber cortado la flor de un árbol prohibido, había tenido consecuencias dramáticas, sobre todo la irrupción de la muerte, desconocida hasta entonces; y que para remediarlo, uno o dos dioses tuvieron que sacrificarse, morir, descender al infierno, vencer a la muerte y establecer la posibilidad de una vida después de la muerte.

Igualmente inquietantes son las similitudes en el campo de la magia y la he-



¿Qué lo que se capta entonces no es más que el "deber ser"? Es probable, pero aquí viene lo interesante. La cultura mexicana, por razones históricas que bien conocemos, tiene una férrea tradición exegética. Vale preguntar entonces, ¿para qué vamos a indagar empíricamente lo que piensan los mexicanos si bastaría con hojear los libros doctrinarios de sus principales instituciones y corrientes ideológicas? Sí, de hecho, muchas entrevistas y en particular las preguntas abiertas en el cuestionario que se aplicó, mostraron una sorprendente homogeneidad en las creencias enunciadas, pero para ciertas clases sociales y diferencialmente para hombres y mujeres. Y es precisamente esto lo que, científicamente, resulta más significativo. Es decir, no basta solamente colocar un largo inventario de creencias abstractas sobre la mesa sino analizar quién lo dice y sugerir una interpretación sobre por qué lo dice. Se puede captar así algo importante: la manera en que la propia identificación de clase social o grupo marca linderos que conforman bloques ideológicos. La relación entre estos bloques ideológicos y su posición estructural en los procesos macrosociales, permitirán proponer hipótesis acerca de la problemática cultural en un periodo de acelerado cambio social.

chicería —aunque los aztecas no creyeran en las brujas con escobas voladoras—, o las relativas a la imagen del "otro". En ambos extremos del Atlántico se tenía una imagen monstruosa de los seres de ultramar, por ejemplo, con orejas tan grandes que podían envolverse en ellas. Incluso, toda una escuela de antropólogos holandeses se abocó al descubrimiento de este tipo de casos de *plinismo* entre los indios de América. Por otra parte, mientras los españoles buscaban la fuente de la eterna juventud, los mexicas trataban de encontrar la montaña que rejuvenece...

Hay semejanzas de contenido y semejanzas de forma. Y cuando los españoles erigieron sus iglesias sobre las ruinas de los santuarios aztecas, no ha-

cían más que hermanarse con las tradiciones locales, ya que los principales templos aztecas también estaban obstinadamente orientados al este.

Asimismo, había similitudes de organización. En el México antiguo existía una nobleza hereditaria, mayorazgos, ritos específicos, descritos por primera vez por Motolinía, para investir "caballeros" (*tetecuhtin*), corporaciones, posibilidades de ganar prestigio social a través de una especie de cofradías, etc. Así pues, las costumbres o instituciones europeas, medievales o no, se implantaban más fácilmente entre los indígenas si tenían similitud con las suyas propias. Sería interesante hacer algún día el inventario de todo lo que no fue aceptado por los indios.

Lo anteriormente expuesto muestra que no siempre es fácil distinguir con claridad lo auténticamente prehispánico de lo que no lo es, sobre todo porque las fuentes escritas fidedignas sobre el México antiguo no son anteriores a la época colonial y por lo tanto puede haber en ellas contaminaciones y anacronismos. Para comprender estos problemas, y muchos otros, la obra de Luis Weckmann es un instrumento de referencia indispensable.

Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*. México: El Colegio de México, 1984, 2 vols.

Esta reseña apareció originalmente en la *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*. Traducción del francés de Blanca Luz Pulido.

Ese "territorio ignoto" pues, mostrará una topografía de enunciados culturales de acuerdo con las relaciones entre clases y géneros y a las entradas y salidas de influencias culturales exógenas. Se buscará entonces su geología. Pero no sólo, como suele hacerse, en relación con la clase social y grupo étnico, sino también, la que corresponde a otra estratigrafía, más profunda todavía, que rara vez se hace consciente. Es la que crea las diferencias de creencias entre hombres y mujeres.

Aquí cabe empezar aclarando que, para penetrar más allá de dicotomías fatales, hay que evitar la idea simple de que piensan de manera distinta *a priori*. Partimos de la idea de que sus creencias están socialmente condicionadas. Hay que preguntar, entonces, si mujeres por una parte y hombres por otra, coinciden más en su forma de pensar verticalmente, a través de todos estratos sociales, o al contrario, hay mayor coincidencia horizontal entre ellos. En todo caso, hay que mostrar en qué coinciden o divergen los géneros sexuales de distintas clases sociales y qué razones pueden apuntarse para explicar esas correlaciones de diversa geometría de género.

Todo lo anterior lleva a confirmar que en este trabajo interesa la estructura de las distancias y posiciones en cuanto a creencias según clase social y grupo. Dicha estructura no será mero reflejo de la estructura socioeconómica, sino que responderá a varias dinámicas, y a su vez, podrá llegar a imponer pautas dominantes sobre el proceso social. A este tipo de análisis, que permite captar la distribución social de las creencias y su dinámica, quisiera bautizar con un término tomado de la lingüística, como una sintagmática social de las creencias.

No se ahondará, por tanto, en la paradigmática de estas creencias, es decir, en su origen y evolución a través de las distintas corrientes de las culturas mexicana y universal.

En el marco de este proyecto intelectual, ¿cuál es entonces el problema que se analiza? Pues bien, el problema cultural que se aborda es aquel que los propios entrevistados, los zamoranos, enuncian como tal.

En este último cuarto de siglo, los zamoranos, al igual que gran número de



mexicanos, comparten un sentimiento de inquietud generalizado: la sensación de que el viejo orden cultural de México se está deshilvanando y el nuevo aparece como puro desorden. Aunque la base de este proceso es la expansión económica del capitalismo, lo que la gente percibe más directamente, porque afecta su vida personal cotidiana, es el cambio en las "costumbres", en la "moral", en "cómo se porta la gente". Los cambios económicos han sido, qué duda cabe, arrolladores, pero ahí donde duele es en los comportamientos personales trastocados, en las expectativas sociales no cumplidas, en las relaciones comunitarias fragmentadas. Así, las disonancias se hacen visibles y sensibles, sobre todo en el ámbito privado, en el mundo de las creencias y valores en que se fincaban las promesas hoy ya no cumplidas.

El eje más visible de estos cambios para los zamoranos es la pérdida de los valores religiosos, considerados como guía primordial de la vida social y personal. El estudio analiza cuáles grupos sociales albergan todavía estos valores y, en cambio, cuáles otros han

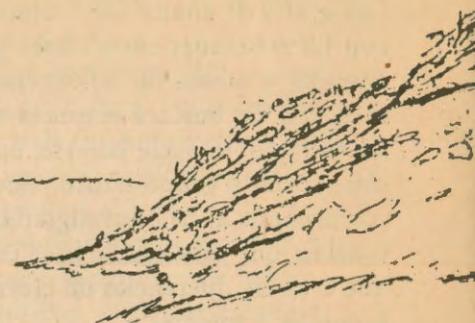
incorporado ya creencias y prácticas de la cultura secular y racionalista más en consonancia con el nuevo orden social.

En el ámbito político otra de las facetas de estos cambios, según los zamoranos, es la pérdida de la autoridad, desde el Vaticano, pasando por el gobierno, hasta el padre de familia. En el estudio preguntamos: ¿qué formas de autoritarismo existen en la sociedad zamorana entre distintas clases sociales y entre hombres y mujeres? Y este autoritarismo, ¿a qué formas políticas de comportamiento predispone?

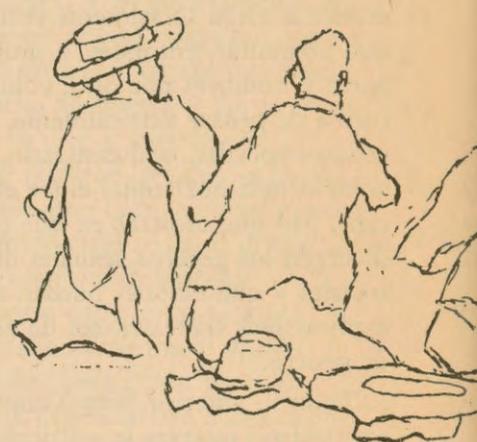
Finalmente, en voz baja pero como reguero de preocupación, todos se inquietan por los cambios en la "moral", que se refieren sobre todo a nuevas normas sexuales que repercuten en la estructura de la familia y las relaciones interpersonales. ¿Quiénes las condenan o aceptan? ¿Quiénes las ven como apocalipsis y quiénes como liberación? Éste fue otro tema que se abordó en el estudio.

Lo que ocurre en Zamora encuentra eco en la problemática cultural contemporánea. Desde el proceso de secularización apuntado por Redfield, y el avance de la racionalidad instrumental señalado por Weber, se encuentran semejanzas que indican que se trata de un mismo proceso: el de los fenómenos culturales entrelazados con la expansión del capitalismo, en sus distintas modalidades. Tiene que ver con la "mente desamparada" que encuentra Peter Berger en las sociedades secularizadas, con la "mortalidad" de la cultura occidental de Castoriadis, y con la pérdida de la ética de trabajo que contradice al capitalismo según Daniel Bell. Y se reconoce en la denuncia que de la progresiva distorsión de la racionalidad en la sociedad moderna hizo la escuela de Frankfurt expresada actualmente por Jürgen Habermas como pérdida de la competencia comunicativa. Se parecen, pero no serán idénticas. Sus teorías nos darán pistas para empezar a construir una interpretación de la modernidad mexicana.

¿Qué lugar ocupa Zamora, entonces, en esta constelación de fenómenos culturales? En el contexto mexicano, Zamora es representativa de la vertiente de cultura mestiza más influida por el catolicismo, y por un pensamiento político



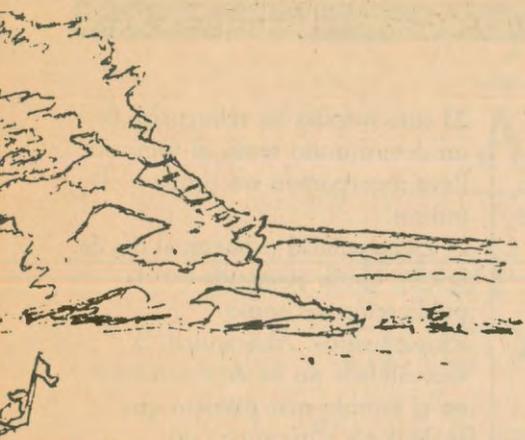
Excursion Olivos en el mar



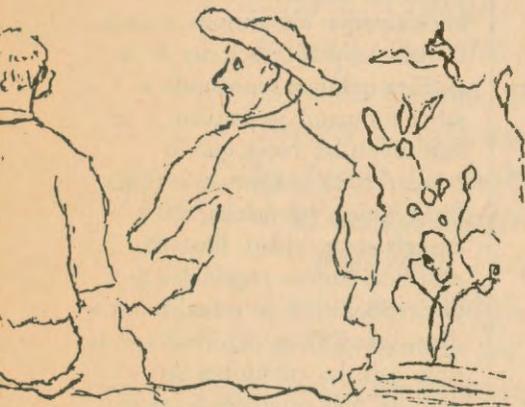
conservador. Sin embargo, de ser una "ciudad levítica y cerrada" como la calificaron muchos, en sólo dos décadas se transformó en centro dinámico de agro-exportación y de comercio. Allí pueden captarse, por tanto, con mayor intensidad, los cambios cognoscitivos y expresivos provocados por la penetración abrupta de la racionalidad instrumental del capitalismo en sus distintos ámbitos.

No habrá, sin duda, un proceso lineal en el cambio cultural. Como es sabido, en América Latina y el Caribe vivimos inmersos en la conocida "yuxtaposición de tiempos históricos". En Zamora, a la fortaleza erigida por la Contrarreforma había tocado desde hacía mucho el racionalismo; hoy ya se ha echado abajo el portón e incluso algunos de los mismos habitantes de la fortaleza piden una "Casa sin puerta".¹

Si nos tomamos la libertad de recortar con un bisturí filoso puede decirse que conviven en la región de Zamora la cultura precapitalista de



Nov. 5 de 1863



la economía campesina purhé que expresa cómo se ha movilizadado a través del agrarismo socialista y la lucha por los derechos indios. Está presente también el anticapitalismo de la vieja oligarquía terrateniente y de la Iglesia como institución social frente al liberalismo de las nuevas burguesías. Ha llegado plenamente la cultura consumista atada a los medios de comunicación de masas y hasta influjos de la desilusión de la cultura posmodernista pueden encontrarse. Haces de incertidumbres y de luchas ideológicas.

¿Cómo ayudar a forjar un futuro menos incierto y más justo? ¿Acaso esa transitoriedad de los valores y creencias no es funcional al capitalismo, que así dispone de actores atados únicamente al consumo? ¿Cómo establecer certezas que den firme base para una interacción y comunicación social auténticas, sin volver a caer en fundamentalismos represivos?

El primer paso sería hacer consciente lo inconsciente para que los zamoranos —y los

mexicanos— podamos manejar con lucidez esta cambiante realidad. Quisiera que contribuyera a ello el esfuerzo empeñado en este libro. Saber qué se piensa y quiénes lo piensan podría permitir forjar un futuro consciente.

Con esta finalidad, se realizó un trabajo de campo antropológico, con técnicas etnográficas y de participación directa, complementadas con una sencilla encuesta de comprobación de una hipótesis sustantiva que incorporó algunas preguntas, aunque reformuladas para el contexto mexicano, utilizadas por Teodoro Adorno en su estudio del autoritarismo. El trabajo de campo se realizó en 1980 y 1984. Aunque los cambios políticos tan decisivos entre 1984 y 1988 ya alteraron la situación captada en el estudio, decidimos publicarlo tal y como se realizó, por dos razones. Primera, porque lo que se buscaba analizar, esto es, la estructura de creencias en su disposición sintagmática, tiende a cambiar muy poco en el corto plazo. La segunda razón es que estos datos establecen una base comparativa en un punto histórico, que permite analizar las transformaciones posteriores.

Finalmente, reiteramos que la intención de este estudio es ofrecer a los zamoranos, en particular, y a los mexicanos, en general, mejores herramientas para analizar y dirigir los cambios culturales tan profundos y tan radiados, que enfrentan este fin de siglo. El peligro más cercano en las sociedades industriales, y concomitantemente en sociedades semiindustrializadas con una fuerte crisis de estancamiento económico como ocurre en México y muchos otros países, es la atomización de las formas de convivencia social que antes le daban a las sociedades un destino compartido, y a los individuos, una identidad y un sentido en un marco colectivo. Denunciar los deterioros resulta ya ineficaz y nos encierra en la reiteración ritual de recriminaciones entre posiciones inamovibles. El enfoque de este trabajo, por tanto, es avanzar en la búsqueda de nuevos mecanismos de comunicación social para recorrer caminos de solución a los problemas compartidos.

¹ Título de la novela escrita por Luis G. Franco, un joven sacerdote zamorano comprometido con las causas populares.

La Gran Enciclopedia Rialp

La biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México adquirió recientemente la Gran Enciclopedia Rialp en su sexta edición revisada. La Enciclopedia Rialp es una de las obras de consulta en lengua española más completas y de mayor prestigio. A continuación presentamos un artículo alusivo a la publicación de su sexta edición revisada, aparecido en el periódico El Norte de Castilla de Valladolid, España, el 13 de enero de 1990.

Dentro del ámbito de las enciclopedias, y en lo que se refiere a obras de consulta para un nivel de cultura media y alta, hay tres obras de gran difusión en España: la «Britannica», la italiana de «Treccani» y la «Gran Enciclopedia Rialp» (GER), hecha en España, más actual, de más autores y con mayor peso dentro del mundo de la ciencia y de la cultura.

La explicación de este fenómeno editorial la da la propia calidad de la enciclopedia. Dejando aparte las características técnicas de su atractivo formato, lo que el lector encuentra en cada uno de sus 20 000 artículos son monografías completas tratadas con criterio científico en una extensión suficientemente amplia, proporcional a la importancia del tema. Al final de cada artículo se incluye la mejor bibliografía sobre el tema en cuestión, o al menos una amplia selección. Un dato importante: todos los artículos van firmados por su correspondiente autor, especialista en esa materia, habitualmente catedrático de Universidad, como puede comprobarse en la lista de colaboradores que aparece al principio de cada tomo y en el 24, de índices generales. De entre los 3 000 autores, españoles y extranjeros, como ejemplo, pueden citarse a: Diego Angulo, López Ibor, Mauricio Xandró, Sánchez Agesta, Carmen Llorca, Bernard Pottier, Caro Baroja, Simón Díaz, Johannes Messner, Álvarez Rendueles, José María Fontboté, Hilda Grassotti, García Santesmases, Federico Sopena, Charles Munier, Mariner Bigorra, Hans Juretschke, Lamo de Espinosa, José María Cagigal, José Agustín Balseiro, Juan Beneyto, Augusto del Noce, Doirean Mac Dermott, Antonio Quilis, etcétera.

El tomo 24, de Cartografía e Índices, es de gran utilidad. Por una parte, el Atlas sirve de complemento a los artículos de Geografía e Historia, y por otro, el índice temático (con 240 000 entradas) ayuda a encontrar en los

23 tomos todas las referencias de un determinado tema; el tomo 25 lleva incorporado sus propios índices.

La actualidad o puesta al día de la GER queda asegurada con la publicación del tomo «Suplemento». Ahora bien, la «actualidad» no ha de entenderse en el sentido más pasajero que suele darse al término («lo último»), sino según el criterio y objeto de estudio de esta enciclopedia: los últimos avances científicos y aportaciones de la cultura que van renovando el saber humano. Se amplían o se sustituyen las voces que lo requieren, se añaden otras (Ebla, fibra óptica, telemática, SIDA, energía solar, vídeo, filosofía analítica, bancos regionales de desarrollo, etc.), se actualizan los datos estadísticos significativos de cada país, las cuestiones de derecho más generales (espacio marítimo, convenios colectivos...), etc. Considerado en sí mismo, el tomo «Suplemento» constituye una amplia panorámica de todo lo interesante de estos finales del siglo XX, con clara proyección en el futuro.

En la sexta edición de 1989 se han hecho numerosas añadiduras y actualizaciones, con especial atención a ciudades o territorios, datos biográficos (nuevas obras, premios, fallecimientos, por ejemplo de Von Karajan, Lawrence Olivier, Ernesto Halffter, Jean Anouilh, Nicolás Guillén...), cuestiones éticas (natalidad, eutanasia...), aspectos jurídicos e institucionales (como asociaciones, policía, correos, derecho de petición, precontrato...), etcétera.

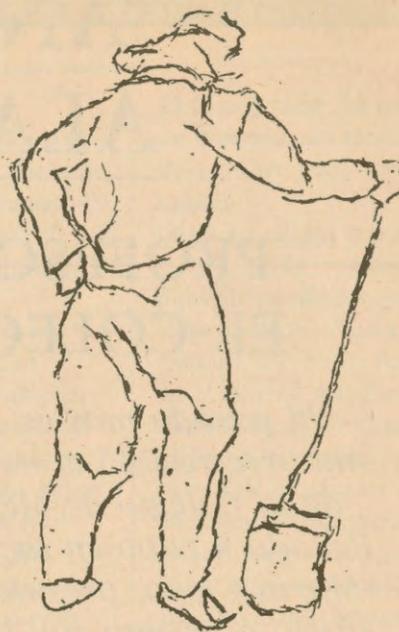
ANTONIO

ALATORRE

PROFESOR EMÉRITO DE EL COLEGIO DE MÉXICO

El pasado martes 31 de julio el maestro Antonio Alatorre recibió el nombramiento de Profesor Emérito de El Colegio de México en una emotiva ceremonia llevada a cabo en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio. Mario Ojeda, presidente de El Colegio de México, dio inicio al evento con la lectura del acta de la sesión de la Junta de Gobierno en que se resuelve favorablemente la candidatura de Antonio Alatorre como profesor emérito. Posteriormente, la Dra. Beatriz Garza Cuarón, directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio, leyó un discurso en el que resaltó la clara vocación humanista, la amplísima cultura y el afán de perfección de Antonio Alatorre, así como su rotunda labor al frente del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y de la Nueva Revista de Filología Hispánica. El final del evento nos tenía reservada una sorpresa muy agradable: un diálogo antisolemne y fraterno, cargado de anécdotas y remembranzas, entre el homenajead y Juan José Arreola, su invitado de honor. A continuación reproducimos el acta de la sesión de la Junta de Gobierno en que se designa profesor emérito a Antonio Alatorre y en las páginas siguientes la transcripción de algunos extractos del diálogo que sostuvo este eminente estudioso de nuestra lengua con su amigo, colega y compañero de aventuras, Juan José Arreola.

ACTA DE LA REUNIÓN DE LA JUNTA DE GOBIERNO CELEBRADA EL 29 DE JUNIO DE 1990



Antecedentes

El profesor Alatorre nació el 25 de julio de 1922. Su ingreso a El Colegio de México se dio casi desde el momento en que se fundó en 1947 el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (en aquella época Centro de Estudios Filológicos). En enero de 1948 el Profr. Alatorre tomó los primeros cursos de filología que organizó el fundador del Centro, Raimundo Lida.

Cuando el propio Raimundo Lida, entonces director del Centro, se marchó en 1953 a la Universidad de Harvard, el Profr. Alatorre se hizo cargo del Centro y de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Antonio Alatorre fue director del Centro hasta 1972. A él le correspondió iniciar los programas de doctorado en 1963, con la participación de destacados profesores visitantes nacionales y extranjeros y de un grupo de estudiantes seleccionados cuidadosamente. Los cursos en ese primer programa y del siguiente, fueron impartidos por destacados profesores, lo que

permitió formar personal de alto nivel académico.

Otra tarea fundamental que realizó en El Colegio, fue la edición de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Es evidente que Antonio Alatorre logró incrementar la tradición de calidad y perfeccionismo de la Revista. Durante los años en que dirigió este órgano de difusión, 1957 a 1973, y posteriormente de 1982 a 1988, la revista incrementó su prestigio. Su bibliografía pasó a ser fundamental para los estudios hispánicos y ha beneficiado no sólo a los estudiosos de las letras, sino también a académicos de otras disciplinas.

La obra personal de investigación de Antonio Alatorre como filólogo, experto en literatura española —medieval y de los siglos de oro—, colonial mexicana y en muchas otras áreas, es internacionalmente reconocida. Su libro más reciente, *Los mil y un años de la lengua española* es muestra clara de su erudición, rigor, sensibilidad literaria y creatividad. Por otra parte, su labor docente, aunada a todo lo anterior, también ha sido y sigue siendo de vital impor-

tancia para la formación de intelectuales en nuestro país.

Acuerdo

En atención a las consideraciones anteriores y en reconocimiento a la erudición, la cultura, la capacidad intelectual y el prestigio internacional de Antonio Alatorre y sobre todo, a su valiosa labor en pro de la docencia, la investigación y la edición de valiosas publicaciones en beneficio de la institución, y con fundamento en el capítulo X, artículos 60 a 63 del Estatuto del Personal Académico de El Colegio de México, se acuerda designar a Antonio Alatorre Profesor Emérito de esta institución.

Se otorga el presente acuerdo en la ciudad de México, D. F., para tener efecto el día 31 de julio de 1990.

Firman el acta el Presidente de El Colegio de México, Mario Ojeda Gómez, y los miembros siguientes de la Junta de Gobierno: José Luis Martínez, Luis González y González, Roque González Salazar, Fernando Salmerón y Leopoldo Solís.

ANTONIO ALATORRE Y JUAN JOSÉ ARREOLA: UN DIÁLOGO



Antonio Alatorre: A Beatriz [Garza Cuarón] se le ocurrió esta idea genial para ahorrarme el trago del discursito final que se acostumbra, cuando el festejado se levanta y dice: “estoy todo confuso, no sé qué decir, la emoción me embarga”, y todas las cosas que se usan en estos casos. Beatriz me dijo: “En lugar de eso vamos a poner un diálogo con Juan José Arreola”. Y yo dije: “genial, genial”. Y como además a estas alturas el público está ya harto de Antonio Alatorre...

Juan José Arreola: No, no. Lo que quiero decir en primer lugar es que no se asusten ustedes porque Beatriz dijo que Antonio y Arreola van a empezar sus mil y un diálogos. Yo diría que éste es el diálogo mil uno; y creo que no andamos mal en la cuenta si nos acordamos de lo que fueron los primeros diálogos. Y si Antonio está tan desenfadado, tan a gusto, y dice las cosas como acaba de hacerlo, yo en cambio sí estoy profundamente emocionado, y si no lo dijera se me nota de todas maneras. Me siento en El Colegio de México y junto a Antonio Alatorre, que se me ha vuelto tan grande como este edificio y sus habitantes y todo lo que hay aquí, que si me dejo trabucar la lengua diré que es *Profesor de México en el Colegio Emérito*, porque las dos entidades se me han vuelto abrumadoramente grandes y maravillosas.

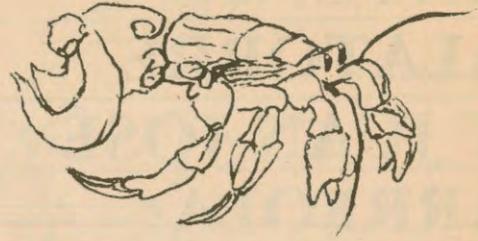
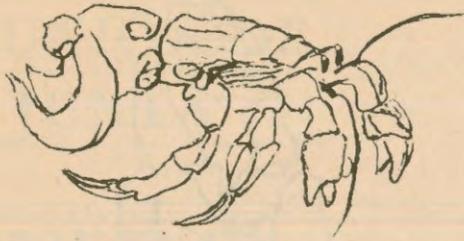
A. A.: Fíjate que esta comparación con el edificio, este edificio grandioso de El Colegio de México, me parece inadecuada, porque yo *no* me he familiarizado con este condenado edificio. Yo estoy bien hasta Guanajuato 125. Cuando voy a ver,

digamos a Elías Trabulse, tengo que preguntar: “Señorita cuál es la...” Siempre es lo mismo; nunca recuerdo cuál es el itinerario; incluso en los lugares donde he estado me extravió. Además, tengo que decir que soy profesor emérito desde 1973, cuando fui a decirle a Mario Ojeda, entonces secretario de El Colegio de México, que llevaba 20 años de trabajo, los famosos 20 años esos de trabajo neurótico en que no hacía otra cosa y que me ganaron coronas y coronas; o sea, la neurosis premiada... Cuando le dije: “Mario, fueron 20 años de trabajo y este mi primer año sabático se me ha ido *así* por estas y estas razones; sé que en la Universidad en estos casos dan un segundo año sabático”; Mario, con una sonrisa, me dijo: “Te propongo algo mejor: no vengas a El Colegio, no pertenezcas a ningún comité, trabaja en tu casa, ven cuando quieras”. Si eso no es ser emérito yo no sé qué cosa es. Yo no voy a cambiar ahora, realmente soy profesor emérito desde hace mucho tiempo gracias a esa enorme generosidad de El Colegio conmigo. Por ejemplo, nunca he estado con mis colegas en esa suntuosísima sala de profesores con sillones de cuero, con bar, con whisky gratis. Sigo siendo el Antonio Alatorre de Guanajuato 125, no el de aquí, ésa es la verdad.

J. J. A.: Bueno, si a ésas vamos tú eres para mí el Antonio Alatorre de la calle de Pavo, en Guadalajara, y del periódico *El Occidental*.

A. A.: Es, eso me parece perfecto.

J. J. A.: Bueno, pero hay una cosa. Dentro de lo que ha sido tu carrera hay que decir algo que no hemos dicho bien a bien. Creo que nos presentó Al-



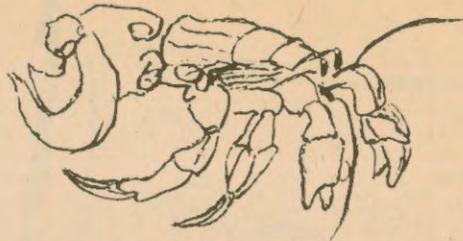
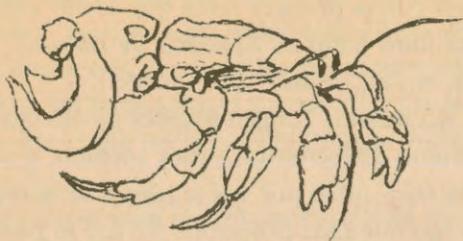
fonso de Alba, recuerdo, en una oficina de ¿cómo se llamaba?, jefe de distribución, no, de circulación, lo que yo era en *El Occidental*.

A. A.: Ése era un periódico que no circulaba nada.

J. J. A.: Pero no por culpa mía. Realmente, si algo ha habido anómalo por completo en la vida es que yo entro a trabajar a un periódico y me nombra Jorge Dipp —que además me sacó de una situación absolutamente angustiada— jefe de circulación; es el absurdo por el absurdo mismo. El periódico efectivamente no circuló mientras yo estuve ahí, pero no por causa mía, sino porque el periódico sencillamente no salía, ¿te acuerdas? Bueno, salía a las nueve de la mañana o a veces a las doce. El número de aniversario de *El Occidental* ¿te acuerdas?, salió a las doce, entre doce y una. Ni un solo ejemplar podía ser repartido con alguna probabilidad de éxito. Bueno, pero lo curioso es que nos encontramos ahí, él recién salido del seminario. Es un encuentro importante para él en su vida de hombre que ya estaba afanoso de conocimiento, porque desde niño empezó a saber y a conocer y a practicar el arte de la apropiación de los bienes ajenos, que en eso consiste la tarea cultural o la formación cultural ¿no? Cuando oigo decir que la rumba es cultura o que el carnaval de Rio o de Veracruz es cultura, me pregunto qué es lo que pasa. Ésos son *comportamientos*. La *cultura* es lo que practicó este hombre desde niño. Y quiero destacar la importancia que tuvo para mí nuestro encuentro, porque no lo he hecho hasta ahora. Puedo mencionar que mis experiencias anteriores de diálogo —conociste a don Alfredo Velasco, a Rivas Sainz— fueron ensayos, porque generalmente yo recibía de personas de mayor edad y preparación concomitante, *recibía*. Con Antonio fue completamente un diálogo auténtico que ahora mismo, en un momento dado, po-

dremos reproducir en un pasaje o dos. Tanto él como yo, aunque no nos conocíamos entonces, desde niños estábamos en eso, disfrutando la lectura. Nos encontramos entonces y sencillamente nos ponemos a leer. Yo tenía prisa de que él leyera algunas de las cosas que yo amaba. Entonces, al releer y leer de nuevo, él fue para mí un maestro; porque sencillamente desde el principio hubo altercado, hubo ese fenómeno que se llama finalmente dialéctica, a pesar de las cinco definiciones que vengan en diccionarios como el de nuestro amigo... se me va el nombre. Bueno, ha cambiado tanto lo de dialéctica...; pero finalmente lo que tú y yo hicimos desde el principio y seguimos haciendo, en la televisión, en la vida diaria y privada, es dialéctica.

A. A.: Sí. Yo diría que lo bonito ahí fue tu encuentro con un personaje tan extraño como yo, este muchacho de 20 años que sale de un seminario sin ninguna idea del mundo. Porque yo salí de mi pueblo a los 12 años, un pueblo muy chiquito, todavía sin carretera. De ahí me vine al encierro monástico (en Mixcoac y Tlalpan), de manera que fue en Guadalajara donde entré en contacto con el mundo. Fue un enorme problema el simple hecho de vivir, de ser como los demás, comenzando por el negocio fuerte de quitarme la facha de seminarista, es decir, ser un habitante del planeta común y corriente, sin mucho bagaje pero con ganas de saber. Yo era un enorme vacío que ansiaba ser llenado. Lo que le di a Juan José fue la oportunidad de cumplir esa urgencia que él tenía de derramarse. Siempre digo que esos años, 1944, 1945, fueron para mí "los años del banquete". La culminación de nuestro diálogo fue la revista *Pan*. Porque esta revistita fue en realidad la manera que se nos ocurrió (que se te ocurrió a ti, Juan José) de hacer público nuestro diálogo. Claro que eso de "público" es un decir. Imprimíamos... ¿qué? ¿50 ejemplares?



J. J. A.: No, no, no.

A. A.: ¿Cien ejemplares?

J. J. A.: Eran más de 100, poco más.

A. A.: Eran 100 ejemplares pero se distribuían 70 o algo así. Nos quedaban todavía 30 porque teníamos muy pocos amigos. Se distribuía gratis. Ahí hay dos poemas míos, cosa muy normal. ¿Cuántos filólogos, licenciados, médicos, estadistas, hicieron versos en su adolescencia, a los 14, 15 años? Esa cosa adolescente la tuve yo, sólo que a los 22 años porque estaba muy atrasado. Me llamó la atención, hace poco, ver lo enterado que está acerca de mí un reseñador de *Los 1 001 años...* No sé cómo supo que uno de esos dos poemas es un homenaje a la amistad con Juan José Arreola. ¿Te acuerdas? Es el que comienza: "Sobre un tiempo gemelo fincamos / un nido de momentos. / Las horas son..." etcétera, etcétera.

J. J. A.: Pero lo curioso es que yo nunca sentí eso. Desde que leí el poema la primera vez y luego que lo publicamos y todo, no me di cuenta que el poema ya conmemoraba un encuentro capital para ambos interlocutores. No me di cuenta.

A. A.: Mi poema era la celebración del diálogo contigo.

J. J. A.: Nunca me di cuenta, y me duele mucho decirlo ahora en esta noche de homenaje. Bueno, pues a propósito de ese diálogo quiero decir lo que fue el encuentro con la *Revista de Occidente*, ya en capacidad de goce, de juicio y de usufructo. Él no, pero yo sí había manejado antes números de la revista. Y aquí viene lo que me importa decir ahora en pro del decaído arte de la lectura. Quisiera recordar y no puedo frases eminentes de Borges a propósito de este arte-entretenimiento, vicio impune que llamó el hombre aquel, Jean Paulhan creo. ¡Cómo nos acercaba eso por el disfrute! Incluso los demás amigos, Rulfo, Navarro Sánchez, Rodríguez

Puga, Rivas Sainz, desde luego, y otros más que no podemos recordar Antonio y yo, gozaban; y se emanaba de ese diálogo que difundíamos en cierto modo, el gusto por la lectura y por buscar los libros en las librerías de viejo. Había en Guadalajara esa Librería Font, espléndida. ¡Lo que era recibir por ejemplo la *Historia universal de la infamia* de Borges por primera vez en México y en Guadalajara! Y ediciones también francesas que ya empezábamos por ahí a deletrear y a leer y a disfrutar. Entonces, releer con Antonio el *Diario de un aspirante a santo* de Georges Duhamel o algunas páginas de la *Revista de Occidente*, las *Cartas* de M.O. Gershenson y V.I. Ivánov, era sencillamente recibir un mundo de conocimiento en aquella prosa espléndida. ¿Te acuerdas que conocimos después a una de las traductoras?

A. A.: Sí.

J. J. A.: La señorita Prjevalski o ¿cómo se llamaba?

A. A.: Olga Prjevalinskaya.

J. J. A.: Sí, porque Prjevalski es una especie de caballo, prehistórico; prehistórico, sí. Recuerdo que me la presentaste en la Casa del Lago. Oye, ¿te acuerdas que íbamos a publicar las cartas de Gershenson e Ivánov?

A. A.: En cualquier momento podemos hacerlo.

J. J. A.: Pero te voy a decir, si de esta noche saliera el compromiso... Hace cuánto, hay que decir los años que hace, más de 45 o 46 años, que se hizo el *dummy* publicitario, bien diseñado tipográficamente, para la *Correspondencia desde un ángulo a otro*. Es una docena de cartas de dos amigos antagónicos y magníficos, pero no voy a hablar ahorita de Gershenson e Ivánov a quienes tanto debemos, sino únicamente plantear de nuevo el compromiso entre tú y yo de editar esas cartas.



A. A.: Todo eso que estás diciendo es una muestra de lo que tú me diste, porque... ¿cómo iba a saber yo que existía la *Revista de Occidente*?

J. J. A.: ¿Te acuerdas de lo que significó para nosotros ese cuento de Edgar Neville, un autor de quien nadie se acuerda ahora y que tiene esa obra maestra, el cuento que se llama "Fin", que publicó la *Revista de Occidente* y que republicamos nosotros...? Porque fuimos muy *republicanos*.

A. A.: Fuimos piratas y...

J. J. A.: Muy *republicones*, más bien; tomábamos de aquí y de allá porque no había material en Guadalajara.

A. A.: Oye, hablando de otra cosa, creo que muy pocos de los aquí presentes saben que tú fuiste alumno de Raimundo Lida en El Colegio de México, que fuiste becario...

J. J. A.: Sietemesino.

A. A.: Sietemesino, sí, sí, de acuerdo. Pero durante siete meses fuimos técnicamente condiscípulos, becario tú y becario yo. Y quiero contar lo que

sucedió con la primera tarea que te dio Lida: reseñar un libro llamado *El habla de Babia*...

J. J. A.: Sí, de Babia... el bable...

A. A.: Bueno. Tengan ustedes en cuenta que es un estudio dialectológico muy técnico, y yo tenía mucha curiosidad por ver si Juan José le entraba a ese juego que Lida proponía. No me lo podía imaginar. Y le pregunto: "¿Qué tal te va con el libro ese?" Y él me dice que ya leyó la introducción y que le gustó cómo al autor le importa por principio de cuentas limpiar el nombre de Babia de... pues de las babas.

J. J. A.: Bueno, no: de los babiecas.

A. A.: Pues eso, y el "estar en Babia", etcétera. El caso es que el autor (creo que se llama Guzmán Álvarez) explica que *Babia* procede nada menos que de *Flavia*, o sea que tiene un *pedigree* ilustrísimo, de los tiempos de Augusto. Eso impresionó poderosamente a Juan José, y fue todo. No pasó de la introducción. El cuerpo del libro, los cambios vocálicos, la metafonía y todo eso... nada. Abí se quedó.

J. J. A.: Recuerdo que me hizo tantas concesiones Raimundo, y lo llamo así nada más por su nombre siendo que es tan eminentemente Raimundo Lida, uno de esos pocos monumentos humanos que uno ha tenido cerca. Me acuerdo de cómo estaba en su escritorio, estratégicamente puesto frente a una puerta, y la puerta estratégicamente dirigida al cubo de la escalera, creo que de madera. Él estaba siempre trabajando pero no se le escapaba el menor rumor de escalera, a ver a qué horas llegábamos. "El drama", decía Raimundo Lida, "es que este Colegio es de peripatéticos". Y de pronto decía: "Aquí hay un hombre que no es mexicano, que no es latinoamericano, que no es español, lo tengo que mencionar como un ente de otro mundo; y se llama Antonio Alatorre". El único que trabaja en El Colegio de México, él único que está ahí. Para que veas también por qué se me fue la beca de las manos. Tengo las dos cartas eminentes de don Alfonso Reyes. La que me otorga la beca y la que dice: "¿Qué es lo que está pasando realmente con usted?" Me dio todas las posibilidades y transamos (después del vocabulario de Babia y del bable y varias aventuras que no duraron más que unos días) por un *Vocabulario agrícola-ganadero y artesanal del sur de Ja-*

lisco, teniendo a Zapotlán el Grande como capital lingüística. Gracias a mi padre empecé a coleccionar términos que duran en mi memoria y yo todavía sueño en cumplir con Raimundo Lida la tarea que me dio como becario de El Colegio de México. [...]

A. A.: ... esa gran escuela que tuvimos [antes de la llegada a México de Raimundo Lida]: el departamento técnico del Fondo de Cultura Económica, en Pánuco 63; ese chapuzón que nos dimos en la cultura del libro; ese contacto con los transterrados españoles, Joaquín Díez-Canedo, Julián Calvo, don Sidulfo de la Fuente, Luis Alaminos...

J. J. A.: ¡Y los poemas que allí se escribían! De pronto irrumpía Díez-Canedo en el departamento técnico y nos decía: "Arrojen ustedes los instrumentos de trabajo, los lápices, las plumas, las galeras, las cuartillas. Empuñen la lira porque ahora vamos a celebrar...", y nunca faltaban motivos de celebración. Tú te acordarás de la décima que hizo Díez-Canedo cuando Medina Echavarría se fue a Chile:

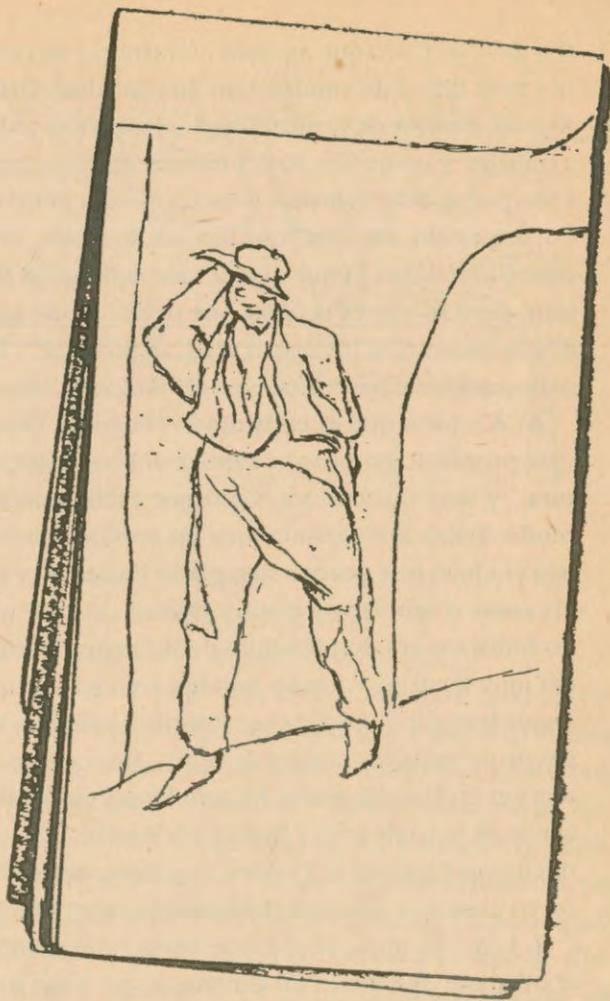
¡Presta tu lira, Apolo!
Préstala y dime luego
cómo encender tu fuego
para cantar yo solo,
porque este trance no lo
puedo perder. ¿Podría
sin harta mengua mía...

Se me escapa algo, pero terminaba: "...decir adiós / a la sociología". Una décima de lo más trabajoso, y además en heptasílabos.

A. A.: Aquí pondré yo mi granito de arena. Cuando despedimos a Eugenio Ímaz...

J. J. A.: Eugenio Ímaz, ¡qué hombre!

A. A.: Sí, ¡qué personaje! Bueno, cuando Ímaz se fue a Venezuela hubo naturalmente hanquete y poesías. Y Juan José hizo una décima, emulando la décima de Joaquín Díez-Canedo. Una señora décima, bien trabajada. Y a mí se me ocurrió hacer una letra de corrido. Estaba muy de moda un corrido que se llama "La feria de las flores", muy popular, con una música muy pegajosa. Yo le puse letra y, como en esos casos había vino, todo el mundo se puso a cantar. Fue un exitazo tremendo. A mí me dieron, por aclamación popular, el primer



premio. La décima primorosa quedó absolutamente ofuscada por el aluvión de chabacanería y Juan José estaba muy enojado.

J. J. A.: Bueno sí, porque era una fiesta ateneísta, un banquete platónico y musagético y de pronto Antonio con el alarido y el "ay Jalisco no te rajes", y todo eso. Creo que hasta nos pusimos a bailar todos ahí un jarabe. Pero eran todavía los tiempos inmediatos de posguerra y don Daniel Cosío Villegas tuvo la maravillosa ocurrencia de invitarnos a comer fundando un restaurante ahí. Y a eso se agregó, no sé por iniciativa de qué amigo y compañero, de los españoles, que jugáramos dominó después de comer para hacer un lapso, una pequeña siesta divertida. Me acuerdo de las leyes que se trataron de implantar cuando don Daniel Cosío Villegas llamaba a Joaquín o a don Sidulfo y les decía: "Vamos a hacer algo, vamos a hacer una cuota de galeras o de páginas". Me acuerdo de un momento en que se conformaban con que uno corrigiera

tres galeras. Claro que Antonio Alatorre era un ejemplo muy difícil de emular, con 50 cuartillas. Orfila Reynal, sucesor de Cosío Villegas, nos puso a todos a trabajar, y como nos puso a trabajar en serio, pues a los pocos días, semanas o meses yo salí del Fondo, disparado. Me llamó una vez a la dirección y me dijo: "Usted dirá lo que quiera, que aquí todos flojean, pero su voz es la única que se oye desde aquí donde estamos; si los demás platican yo no sé". Pero no vamos a desacreditar aquí al Fondo de Cultura.

A. A.: Creo que lo estás desacreditando. Dices: "Me propongo entonar un cántico al Fondo de Cultura" y luego lo hundes. Creo que estás generalizando. Había *dos* personas que no rendían mucho: una era Juan José porque siempre se levantaba y hacía cosas o bromas o versos y distraía; el otro que no trabajaba era don Sindulfo de la Fuente, porque era muy ancianito. Era un hombre solo y tenía que seguir trabajando. A veces se dormía y bueno, a veces de pronto se acordaba de algo: "Me acuerdo de una vez en Madrid, estaba Rosario Pino (que fue una actriz de la farándula) y llegó Valle-Inclán..." y comienza una anécdota y, claro, nos deteníamos. Pero yo creo que sí se trabajaba mucho en el Fondo.

J. J. A.: Sí, mira, yo me dejé llevar por esa índole personal. Bueno, es una denuncia que hago para las personas que pudieran suponer que yo he trabajado alguna vez. Yo he trabajado mucho de niño, de adolescente y de primer joven, ya en el Fondo de Cultura supe lo que era la protección de un hombre como don Daniel Cosío Villegas. Bueno, abrevio, vuelvo de Francia prematuramente, otra beca sietemesina, y me encuentro a Antonio Alatorre no sólo instalado, sino convertido ya en celebridad en Pánuco 63. Don Daniel Cosío Villegas estaba de cabeza con Antonio Alatorre, les había caído ahí el niño prodigio auténtico. También recibí como enseñanza de él la facultad de corregir traducciones de lenguas que por entonces ignorábamos.

A. A.: Bueno, no exageres.

J. J. A.: No, no exagero. Yo te vi corregirle la página a José Gaos.

A. A.: Realmente yo gocé con la corrección de pruebas del *Aristóteles* de Werner Jaeger, que es un libro maravilloso. La traducción es muy bonita. A mí siempre me llamó la atención, porque Gaos en

muchos de sus textos era medio torpe, y en cambio esa traducción del alemán es...

J. J. A.: Es una maravilla.

A. A.: Yo si acaso eran detallitos, pequeños detalles, lo que corregía.

J. J. A.: Para remendar inmediatamente la cosa, por afecto y veneración a José Gaos, voy a decir una frase. Lo que dijo Antonio Alatorre es la verdad: Gaos escribiendo su propia prosa nunca llegó a ser gran prosista; pero con dificultad puedo hallar (y pienso en García Morente y hasta en Antonio Alatorre) un traductor que llegara a esto. Quiero ver si Antonio Alatorre recuerda de dónde es: "Desde que los trovadores provenzales entonaron la melodía del deseo insatisfecho, los violines de la canción de amor fueron cantando cada vez más alto, hasta que sólo Dante tocó con pureza el instrumento". ¿Lo reconoces?

A. A.: Me suena, pero...

J. J. A.: Ese pasaje... Yo no recuerdo a otro traductor, tal vez en la *Revista de Occidente*, en las cartas de Gershenson, pero eso de "entonaron la melodía del deseo insatisfecho". Ustedes lo leen en francés y en alemán y casi les puedo decir que no existe. Es una creación de Gaos, fonética, lírica; un arrebató. El texto es de un historiador y es un pasaje de poesía lo que les he dicho. Se trata de *El otoño de la Edad Media* que don José Gaos tradujo de manera admirable. Otra cosa era José Gaos hablando. Traía la huella de lo que era la persona y la capacidad de Ortega para disponer metódicamente las palabras, para que se vuelvan hilos conductores en los renglones de un pensamiento que parece animado por su propia expresión verbal. Ortega dijo una vez: "El pensamiento es un pájaro extraño que se alimenta de sus propios errores". Bueno, perdonen este recuerdo-homenaje a nuestros amigos y maestros españoles en México, porque de ellos recibimos muchísimo. Pido perdón a todos por haber sido un mal elemento en el Fondo de Cultura y haber obtenido tanto. Más que Antonio Alatorre, la única universidad que yo tuve en la vida fueron los años de trabajo en el Fondo, corrigiendo traducciones, pruebas de imprenta y luego hasta originales. Yo aprendí a corregir junto a Antonio Alatorre: siendo tan joven como todos y más joven que muchos, él pudo ejercer desde el principio la docencia entre no-

sotros. Pero termina tú este coloquio, porque yo he metido otra vez mi desorden y no te he dejado ser formal.

A. A.: De eso se trataba: de no ser formales. Pero quiero recordar algo que tiene su simbolismo. Lo acabo de contar, por escrito, en nota de pie de página de un artículo medio erudito que está en prensa. Comentando la expresión "decir de ovillejo", que encontré en un tratado de métrica de comienzos del siglo XVIII, digo que la costumbre de hacer poesías entre varios, escribiendo cada uno un verso, existe seguramente en todas las épocas y en todas las literaturas, y añado un dato personal: "Yo mismo, en 1945, en un café de Guadalajara, hice poesías al alimón con Juan José Arreola". ¿Te acuerdas?

J. J. A.: ¡Pero hombre! Si yo las conservo.

A. A.: Por ejemplo la "Oda al Cura Hidalgo" que hicimos un 16 de septiembre, y que..

J. J. A.: Pero no vayas a citar nada.

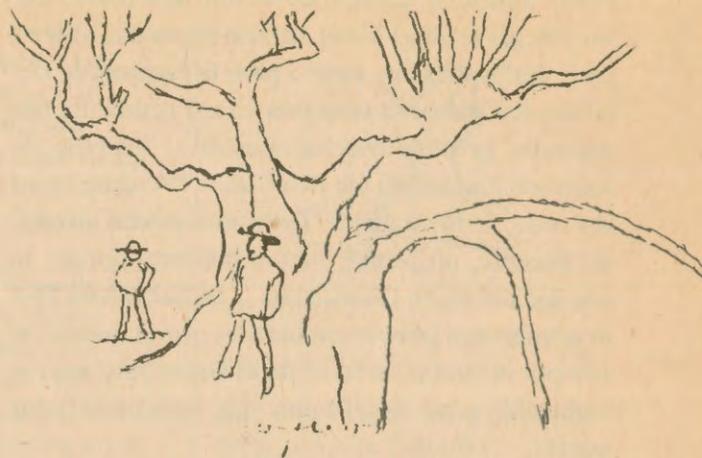
A. A.: No, tranquilízate. De hecho, lo único que podría citar es ese verso mío, tan inocente, que tú me censuraste por irrespetuoso. Me impresionó tu... tu acendrado patriotismo, y veo que sigues igual: muy López Velarde. Pero años después me dio gusto ver, en unas páginas juveniles de Alfonso Reyes, que también él trataba irónicamente eso de las fiestas patrias. ¿Y no has visto cómo presenta Jorge Ibarguengoitia al Cura Hidalgo...?

J. J. A.: Yo jamás leeré eso.

A. A.: Está bien, está bien. Para terminar, y ya que tanto hemos hablado del Fondo de Cultura Económica, quisiera decir que los dos años que trabajé allí son un episodio feliz de mi historia. Mi historia, bien visto, ha sido muy feliz. En un tiempo me dio por deplorar mi encierro, de los 12 a los 20 años, en una orden religiosa. ¡Si yo nunca quise ser cura! Mis padres me metieron allí porque eran ignorantes, porque eran pobres, y ésa era una manera de educación gratis.

J. J. A.: La nobleza de toga.

A. A.: Yo deploraba mi encierro. ¡Oh lágrimas! Pero un buen día algo cambió dentro de mí; se movió el juego de lentes con que vemos la vida, y vi que no, que todo había sido perfecto. En primerísimo lugar, sin ese encierro seguramente nunca hubiera aprendido a tocar piano, y la música es la mitad de mi vida.



J. J. A.: Y el latín.

A. A.: El latín, y el francés.

J. J. A.: Y el griego, la base.

A. A.: Y el griego, sí. Fue una gran cosa aprender griego, aunque nunca llegué a dominarlo bien a bien. Bueno, mi adolescencia dejó entonces de ser desdichada. Así sucedió, y sucedió bien; fue un episodio feliz. Y luego salgo de allí y sucedes tú. Realmente, ¡qué suerte! Tú fuiste el guía, el maestro que me hacía falta. Y fui discípulo único. Y a esto siguió inmediatamente la experiencia del Fondo de Cultura. A comienzos de 1946, cuando tú estabas en París, me vengo de Guadalajara, sin un centavo (yo también era muy pobre), a ver qué. Voy a ver a don Alfonso y me dice que no hay nada, que no hay un centro en donde pueda satisfacer mis deseos y... Bueno, voy a contar algo que muchos de ustedes conocen, pero es algo tan decisivo realmente en mi vida que no hay más remedio que contarlo otra vez. Don Alfonso está ahí tratando de ayudarme pero sin saber por dónde. Pasa Cosío Villegas. "Daniel, venga", lo llama don Alfonso, "aquí está este muchacho que..." y explica que yo me matriculé en la mañana en la Facultad de Derecho, y en la tarde en Filosofía y Letras. Entonces Cosío dice: "¿A usted le interesa ser abogado?", y yo digo que no. "¿Para qué sigue en la facultad?" pregunta; y don Alfonso, alarmado: "Daniel, Daniel, pero va en tercer año, un papel es un papel". Entonces Cosío dice: "Mire, Alfonso, usted y yo somos abogados, y dígame, ¿para qué carajos nos ha servido?" No fue tanto la consideración de que no les había servido de nada ser abogados, sino la palabra *carajo* lo que me impre-

sionó: ¡que en El Colegio de México *don* Daniel Cosío Villegas le dijera a *don* Alfonso Reyes una palabra tan... fea! Nunca más volví a pisar la Facultad de Derecho. Esa palabrita tuvo una virtud realmente fulminante; le puso mucha eficacia al mensaje de sensatez. En cambio me dijo Cosío: "Véngase usted al Fondo, le doy trabajo". De pronto ganaba un sueldo decente, mi primer sueldo decente, porque lo que me daban en Guadalajara... Es que a Juan José lo nombraron jefe de circulación por la misma razón por la cual el director de *El Occidental* me encomendó a mí la "Página del Agricultor", los martes.

J. J. A.: Cierito.

A. A.: Otra de mis dichas, otra de mis felicidades es que yo nunca pasé por las borcas caudinas de la tesis doctoral, ni de la tesis de licenciatura, ni de maestría, ni nada. Yo no tengo ningún título. Esto para mí es el colmo de la felicidad.

J. J. A.: Perdón, quería decir una frase porque no me puedo quedar con ella. Cuando vuelvo de París, teniendo ya esposa y la primera hija y ni un cen-

tavo, nada, me encuentro a Antonio instalado y me lleva con Daniel Cosío Villegas. Le dice: "Juan José tiene que trabajar en el Fondo". Cosío le contesta: "Me perdona usted pero el carro está completo, es imposible", esto y lo otro. Alatorre llegó al grado de darle a entender a don Daniel algo como que "si no entra este individuo aquí a trabajar con nosotros tal vez no se cuente conmigo". De pronto dice don Daniel: "¿Qué le parecen a usted 300 pesos?" Le dije: "Me parecen excelentes". Empecé a trabajar ahí desde el día siguiente, un día dos de mayo de 1946, y Alatorre me impuso ahí.

A. A.: Quiero agregar una simple *footnote* a esto porque ahí estamos realmente asociados de manera memorable. La revista *Cuadernos Americanos* hacía cada año, en enero, una cena solemne con toda la intelectualidad. (La intelectualidad de México era realmente abarcable en aquella época, estamos en 1947.) Fue como una especie de presentación en sociedad. Nos llevó Cosío Villegas como sus dos... sus dos geniecitos. "Aquí les presento a estas dos adquisiciones". Éramos los más jóvenes.

ediciones era

Augusto Monterroso

* LA OVEJA NEGRA
Y DEMÁS FÁBULAS
64 pp. •

Carlos Chimal

* CINCO DEL ÁGUILA
Relatos/Serie Claves
143 pp. •

José Emilio Pacheco

* LA SANGRE DE MEDUSA
y otros cuentos marginales
136 pp. •

Bárbara Jacobs

* DOCE CUENTOS
EN CONTRA
109 pp. •

DOS PÁGINAS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

Silvio Zavala

En la última visita del papa Juan Pablo II a nuestro país, el Dr. Silvio Zavala fue elegido entre los intelectuales mexicanos para dirigir unas palabras al patriarca de los católicos del mundo. El discurso del Dr. Zavala, cuyo texto íntegro se complace en publicar a continuación el Boletín Editorial de El Colegio de México, alude a la obra de dos personajes de la Iglesia católica que desempeñaron un papel muy importante a favor de la población autóctona durante los primeros tiempos de nuestra historia colonial.

Proemio

Por segunda vez, el Papa Juan Pablo II visita la nación mexicana. Entre sus dos viajes, la imagen mundial de este Papa ha crecido notablemente, por declaraciones oportunas y justas ante algunos de los problemas que afligen a la

humanidad a finales del siglo XX, por los viajes fructíferos a las varias partes del orbe, por la contribución a los cambios históricos que tienen lugar en los países del este de Europa, de los cuales forma parte su patria Polonia.

En cuanto a ésta, antes de la segunda visita papal a México ocurrió la de un prominente funcionario polaco que explicó en la capilla del Palacio de Minería la devastación sufrida por Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial y cómo al reconstruirla prevaleció el criterio de preservar la forma que tuvo anteriormente, porque las nuevas generaciones polacas tenían derecho a vivir en el marco histórico de su capital como lo habían conocido y gozado las generaciones precedentes.*

Los mexicanos comprendimos y admiramos esa fidelidad al pasado cultural de Polonia. Algunos sabíamos que un alto prelado de ese país, el obispo de Cracovia P. Tomiczki, compartió con Erasmo la queja cuando tuvo lugar la decapitación del antiguo y notable canciller inglés Tomás Moro, autor de la célebre *Utopía* que realzó las letras del Renacimiento, elevado en 1935 a los altares de la Iglesia católica. No ignorábamos

* Se trata del doctor Henryk Jablonski, distinguido historiador polaco, que estuvo al frente de los Ministerios de Enseñanza Superior y de Educación, visitó México como Presidente del Consejo de Estado, siendo recibido por el Presidente la República Mexicana licenciado José López Portillo y Pacheco, habiéndolo nombrado la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la de Madrid, Académico Corresponsal, teniendo lugar el acto de recepción en el Salón de Actos del Antiguo Colegio y Real Seminario de Minería, el 29 de septiembre de 1979 leyendo su discurso sobre "Tradición y



que, vecina de naciones poderosas, había padecido Polonia desmembraciones; y en los tiempos cercanos la habían aquejado dificultades políticas, económicas y sociales de las que comienza a vislumbrar las vías de solución. Todo esto hace cara a los mexicanos la imagen de la patria de Juan Pablo II y los acerca a ella. Tenemos conciencia de que pasamos por pruebas semejantes sin dejar de conservar nuestras hondas raíces históricas, culturales y artísticas, como lo ha hecho ejemplarmente la nación polaca. Por eso viene al caso recordar en esta segunda visita papal de Juan Pablo II dos páginas de la historia mexicana que pueden contribuir a fecundar el diálogo del notable visitante con nuestra nación. Una se refiere a Michoacán, otra a Tlaxcala. Veamos de lo que se trata.

contemporaneidad. Reflexiones basadas en la experiencia de los Historiadores Polacos", en el cual explicó la reconstrucción de la Ciudad Vieja de Varsovia tal y como era antes de la destrucción ocurrida durante la Segunda Guerra Mundial a partir de 1939. Dio respuesta a ese discurso el Presidente de la Academia Mexicana de la Historia, doctor Edmundo O'Gorman. Ambos textos han sido publicados en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid*, México, D. F., t. XXXII, 1979-1989, pp. 97-115.

La obra de Vasco de Quiroga

Vasco de Quiroga nació hacia el año de 1470 —algunos cálculos actuales ponen su nacimiento en 1478 o bien en 1488— en la villa de Madrigal de las Altas Torres en la meseta de Castilla, a corta distancia de la Universidad de Salamanca por una parte y del Colegio de la Santa Cruz y de la Universidad de Valladolid por la otra. En ese lugar nacieron asimismo Isabel la Católica, en el Palacio de su padre el rey Juan II, que todavía se conserva; el renombrado escritor Alonso de Madrigal conocido como El Tostado y el sobrino de don Vasco, Gaspar de Quiroga, nombrado Arzobispo de Toledo en 1577 y Cardenal en 1578, figura prominente en la corte de Felipe II.

Consta que don Vasco hizo estudios que lo llevaron a obtener el grado de licenciado en derecho canónico. Puede haber ejercido su carrera de jurista ante las Audiencias de Granada y de Valladolid. Se le encuentra como Juez de Comisión en Orán en 1525-1526. La emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos I rey de España desde 1516 y como Carlos V emperador de Alemania a partir de 1519, lo llamó el 2 de enero de 1530 para formar parte de la Segunda Audiencia de México, y el nuevo oidor llegó a la capital mexicana a comienzos del mes de enero de 1531.

Inmediatamente fijó su atención en los naturales del país, en su defensa y protección. Con recursos propios fundó en 1532 el primer hospital-pueblo de Santa Fe cerca de Cuajimalpa, en los alrededores de la ciudad de México; y al año siguiente, habiendo sido enviado por la Audiencia como visitador de la

provincia de Michoacán, pudo establecer en los bordes de la laguna de Pátzcuaro el segundo de esos hospitales-pueblos de Santa Fe, los cuales estaban llamados a distinguirse por las constituciones particulares que les dejó el fundador y por el género de vida cristiana que en ellos se practicaba.

Don Vasco explica en su famosa *Información en Derecho* del 24 de julio de 1535, que para organizar esos pueblos se inspiró en la lectura de la obra de Tomás Moro acerca de la *Utopía*, publicada por primera vez en Lovaina en 1516 y luego en mejor edición en Basilea en 1518; de ésta se conserva en la biblioteca de la Universidad de Austin el ejemplar que perteneció al primer obispo y arzobispo de México fray Juan de Zumárraga, con interesantes anotaciones manuscritas.

La manera de leer y de aplicar la *Utopía* de Tomás Moro singulariza y eleva el proyecto de Quiroga a un rango poco común. Pensaba que la Divina Providencia le había deparado la lectura de esa obra a fin de poder dar a los pueblos del Nuevo Mundo las leyes más adecuadas para ellos. El título y la función del gobierno

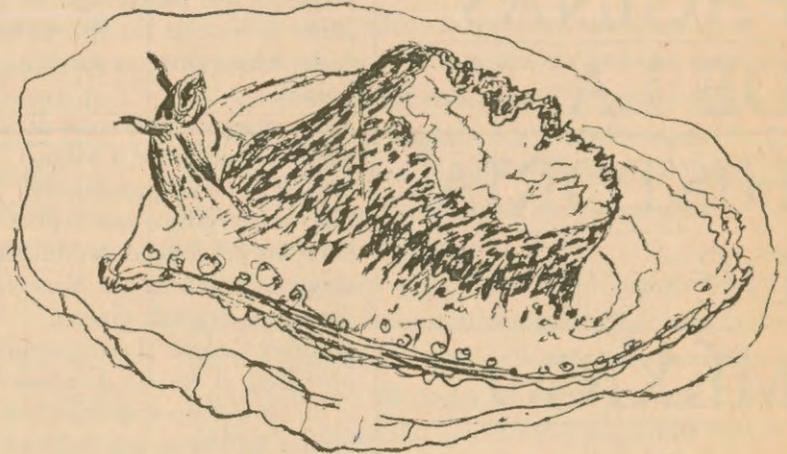
español habían de consistir en conservar las virtudes de los indios y enseñarles lo que temporal y espiritualmente les faltara. La blandura de cera de los indígenas permitía imprimirles formas civiles que no hallaban el obstáculo de prácticas contrarias a la vida cristiana. En la naciente Iglesia se obtendría la pureza de costumbres perdida en el Viejo Mundo por la ambición, la soberbia y la malicia. Quería plantar un género de cristianos a las derechas como en la primitiva Iglesia. El Nuevo Mundo se llamaba así no porque se halló de nuevo sino porque era en gentes y casi en todo como fue aquel de la edad primera y de oro. Por ello se ha escrito que la obra de Quiroga venía a ser la utopía realizada.

En los escritos de don Vasco se encuentran significativos pensamientos, que viene al caso recordar:

“Para amparo de los naturales de esta tierra acá pasamos principalmente.”

“El buen pastor ha de querer tanto y más para sus ovejas que para sí.”

“Quitarles lo malo y guardarles lo bueno que tengan suyo,



convirtiéndoles todo en mejor.”

“Ninguno padezca en el hospital necesidad... sean todos hermanos con vínculo de paz y caridad.”

“A las obras de paz y amor responderían los naturales con paz y buena voluntad... la defensa es de derecho natural y tan bien les compete a ellos como a nosotros.”

“Para que alaben y conozcan a Dios en la libertad cristiana y salgan de opresiones y tiranías, se concedió la bula de esta tierra, y no para ponerlos en dobladas penas.”

Se erigió la diócesis de Michoacán en 1536 y don Vasco tomó posesión como primer titular el 6 de agosto de 1538. La sede estuvo en Tzintzuntzan pero don Vasco la trasladó en 1539 a Pátzcuaro donde ejerció sus funciones pastorales hasta su muerte ocurrida el 14 de marzo de 1565. Sus restos reposan ahora en la Basílica de la Virgen de la Salud que él mandó construir como su

catedral al lado del primitivo local del Colegio de San Nicolás, otra de sus meritorias obras que conmemora los 450 años de su establecimiento.

El recuerdo de don Vasco se mantiene vivo entre las poblaciones purépechas de los alrededores del lago de Pátzcuaro y la ciudadanía del estado de Michoacán en general. En la conciencia de la nación mexicana figura como uno de sus grandes fundadores. Su renombre se extiende cada vez más en la opinión internacional, y hay estudios acerca de él en las principales lenguas occidentales así como en la rusa y japonesa.

La Iglesia de Roma puede apreciarlo como a uno de sus hijos predilectos y reconocer en los propósitos y en los alcances de su obra social un ejemplo cristiano que está llamado a servir de inspiración a quienes, en la América Latina, se afanan ahora y lo harán en el futuro por tareas

semejantes, en bien de los pobres y de los desvalidos.

El mensaje de Julián Garcés

En 1517 se enviaron a España noticias del nuevo descubrimiento de Yucatán. No se sabía si era isla o continente. El rey Carlos suplicó a Su Santidad León X que erigiese una diócesis en aquellas regiones. El Papa lo tuvo a bien el 24 de enero de 1519, y la diócesis Carolense, trasladada más tarde por el Papa Clemente VII y el Emperador Carlos V a Tlaxcala, fue la primera en el actual territorio mexicano.

Con las bulas correspondientes, el Papa León X proveyó también obispo en la persona de fray Julián Garcés, O. P., el rey Carlos dio órdenes, el 6 de septiembre de 1519, para que tomara posesión. Dispuso en Valladolid, a 13 de septiembre de 1520, que la sede

EL SERVICIO PERSONAL DE LOS INDIOS EN LA NUEVA ESPAÑA

Peter Bakewell

Este libro es la más reciente adición a la serie de abultadas obras sobre el trabajo de los nativos en la América española iniciada por Silvio Zavala en 1978. Cada uno de los tres siglos de historia del trabajo indígena en el Perú colonial (es decir, la



región central de los Andes) se estudia en un volumen independiente. En el caso de México, tan sólo el siglo XVI ocupa tres libros. En gran medida, Zavala remata con esta obra sus investigaciones sobre la historia del trabajo en la Nueva España iniciadas hace varias décadas con la publicación de *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España* (8 vols., 1939-1946; reimpresión de 1980). Ciertamente, el contenido del presente volumen se nutre en gran medida de las *Fuentes*.

Las *Fuentes* eran documentos impresos. La nueva serie emplea una técnica distinta y poco común. La mayor parte del texto consiste en versiones ligeramente parafraseadas de los manuscritos originales. El compilador intercala entre ellas sus breves comentarios. Dicho método permite a Zavala condensar los originales y mantener al mismo tiempo mucho de su sabor de

del obispado estuviese en la Villa de la Veracruz.

El 19 de agosto de 1524, el Emperador envió una carta a Su Santidad Clemente VII para que le concediese la facultad de mudar el sitio de la diócesis. La bula *Devotionis tuae* del 13 de octubre de 1525 lo permitió. Carlos V expidió en Granada su cédula de delimitación el 26 de septiembre de 1526, incluyendo la provincia de Tlascalteche y San Juan de Ulúa hasta llegar a Chiapas. En la misma ciudad firmó ante notario su auto de erección el Obispo Carolense de Tlaxcala Fr. Julián Garcés, cuyo original contiene una nota autógrafa firmada por él y por el secretario Sámano el primero de diciembre de 1526.

En cuanto al primer titular de la diócesis, se sabe ahora que fray Julián Garcés, O. P. (1452-1542), nació en Munébrega del reino de Aragón y murió en Puebla. Tomó el hábito en Calatayud, estudió en París. En 1537 dirigió notable epístola a Su Santidad Paulo III en la que defendía la capacidad de los naturales con quienes había tenido trato asiduo. Fue la base que sirvió a la Curia Romana para la redacción de la bula *Sublimis Deus* del 2 de junio de dicho año de 1537, que recoge y desarrolla los principios de libertad, dotando a los habitantes del Nuevo Mundo

con una carta de derechos personales y patrimoniales de la mayor importancia.

Recordemos algunos de los principios fundamentales contenidos en la carta de fray Julián Garcés y en la bula *Sublimis Deus*.

En la primera se dice que los niños indios no están inficionados de obstinación alguna, son afables y disciplinados, inclinados a la liberalidad, en la sobriedad admirables, en verdad extraordinaria es su facilidad para aprender.

Habría que hablar contra aquellos que juzgan mal a los indígenas, refutando la vanísima opinión de quienes los acusan de incapaces. No ha de cerrarse la puerta de la Iglesia a ningún hombre que con voluntaria fe pida el bautismo.

Acerca de las dotes naturales de estos hombres, a quienes, viviendo en el país, ha visto el obispo desde el principio del actual decenio, testifica que son poseedores de óptima razón e integridad de sentidos, y por vigor de espíritu y vivacidad de percepción, sus niños son más hábiles que los nuestros.

Antes no escribían pero sí pintaban, o sea que no empleaban letras sino imágenes. Ahora los niños escriben en latín y en español con más elegancia que

nuestros muchachos, y quienes al estudio de ello se han dedicado, hablan el latín no menos que los nuestros.

Semejante manera de ser de esta nación se halla favorecida al máximo por la sobriedad del alimento y la pobreza y sencillez del vestido; la humildad e innata obediencia de la gente, en ninguna región del mundo son tantas como en ésta.

Jamás que el obispo sepa ha habido en la Iglesia católica ningún deber más grande que la distribución de la riqueza de la salvación a los indios. Se ha abierto para nosotros la puerta de la palabra a fin de que, en la fecunda tierra de estas Indias, se alce la espiga con frutos de ciento por uno y en ella crezca abundosa la esperanza, aumente la caridad y persevere la fe.

Todos cuantos nos hemos hallado entre ellos, agrega, testigos somos de cuán gustosamente los indios de esta Nueva España reciben la fe.

A su vez el texto vaticano firmado por Paulo III proclama a todos los cristianos que Dios excelso amó tanto al género humano que hizo al hombre de condición tal que no solamente participara de los bienes particulares, como las demás criaturas, sino que pudiera

época (inclusive las formas divergentes de escribir los nombres); sin embargo, no contribuye a una consulta rápida y sencilla. Es muy probable que en algún momento los lectores deseen que Zavala hubiera incluido resúmenes concisos de las diferentes partes del libro. Pero no lo hizo, prefiriendo claramente que los lectores realicen su propia labor de síntesis. Para facilitar esta tarea están los útiles índices con nombres de personas y lugares. El índice temático, sin dejar de ser bienvenido, pudo ha-

berse beneficiado de una mayor subcategorización.

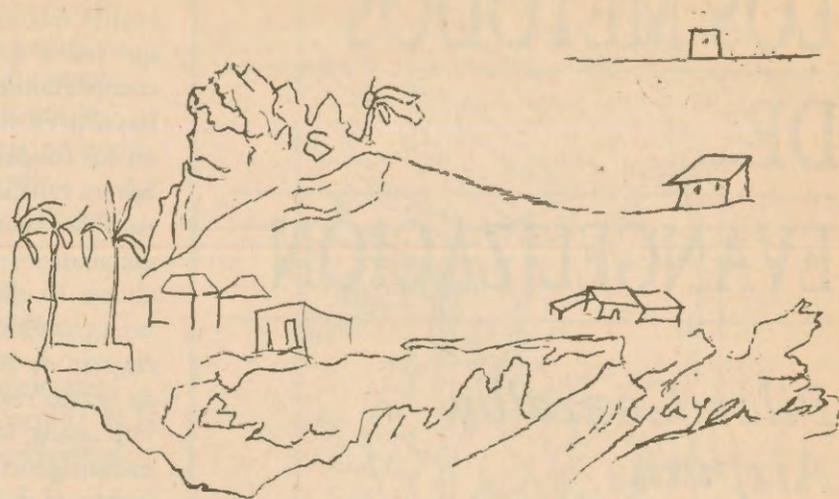
Al igual que sus predecesores, resulta claro que este libro no está destinado al lector común. Quienes lo utilicen serán fundamentalmente los investigadores en busca de materiales de primera instancia sobre el trabajo indígena en el México del siglo XVI o sobre alguna actividad económica en particular que empleara dicha mano de obra. El volumen contiene amplias secciones sobre el trabajo en agricultura, transporte, mi-

nería, una amplia variedad de labores urbanas (albañilería, servidumbre doméstica, artesanía, por ejemplo), empresas eclesiásticas y obras públicas. Un capítulo inicial ofrece abundante información sobre los lineamientos generales decretados tanto en España como en México en relación con el trabajo indígena.

El periodo que abarca este volumen es crucial para la historia del trabajo en la Nueva España. Comprende los últimos días de la *encomienda* como sis-

alcanzar y mirar cara a cara al Sumo Inaccesible e Invisible Bien. Es necesario afirmar que la condición y naturaleza del hombre son tales que puede recibir la fe de Cristo y que todo el que tenga naturaleza de hombre es capaz de recibir esa fe. La Verdad misma, que no puede engañarse ni engañar, dijo al destinar predicadores al oficio de la predicación: "Id y enseñad a todas las gentes." A todas dijo, sin excepción alguna, como siendo todas capaces del aleccionamiento de la fe.

Considerando la bula que esos indios, como verdaderos hombres, no solamente son capaces de la Fe Cristiana, sino que, como se nos ha hecho saber, acuden prontísimamente a ella, y queriendo poner un adecuado remedio, declara con autoridad apostólica, no obstante cualquier cosa anterior o que en contrario sea, que los dichos indios y todas las demás gentes que en el futuro lleguen a ser conocidas de los cristianos, aunque se encuentren fuera de la religión de Cristo, no por ello están privados ni deben ser desposeídos de su libertad ni del dominio de sus cosas, así es que libre y lícitamente pueden usarlas, poseerlas y disfrutar de ellas, y no han de ser reducidos a servidumbre. Y esos indios y las



demás naciones han de ser llamados a la fe de Cristo mediante la predicación de la palabra de Dios y el ejemplo de la vida virtuosa.

Es un hecho que en el mundo actual cuenta mucho la defensa de los derechos del hombre, aunque éstos sean lamentablemente violados con frecuencia.

Cada región del mundo procura recordar las contribuciones que ha hecho a esa causa común y universal: Inglaterra con su Carta Magna de 1215. Francia con la Declaración de 1789 emitida durante los agitados años de la

Revolución Francesa.

Hispanoamérica, y México en particular, con el mensaje de fray Julián Garcés dieron origen a su vez a la bula vaticana de amplio alcance humano que hoy comentamos.

Que sus benéficos principios se extiendan y alcancen el debido respeto puede ser un fruto del segundo viaje papal a la nación mexicana, si se procura que pasen a ser el patrimonio común de esta parte del mundo que comenzó a recibir la enseñanza del Evangelio a partir del memorable viaje colombino de 1492.

tema laboral; la formalización del sistema de trabajo obligatorio dirigido por el Estado, o *repartimiento*, que desarrolló el virrey don Martín Enríquez; la disminución poblacional resultante de las epidemias de finales de la década de 1570; el creciente desequilibrio entre oferta y demanda de trabajo provocado por dicha disminución y por los requerimientos cada vez mayores de mano de obra de los españoles inmigrantes; y el surgimiento del trabajo asalariado voluntario y el peonaje (*ga-*

ñanía) como consecuencia de dicho desequilibrio. Los investigadores encontrarán en el presente volumen abundante documentación sobre todos estos temas, aunque debe señalarse que gran parte de ella proviene de un nivel administrativo bastante alto y que los detalles sobre el trabajo específico de los indios en el campo o en las minas siguen siendo escasos. No obstante, para los estudiosos de los primeros años de la historia del trabajo en la Nueva España, o del desarrollo de casi cual-

quier actividad económica en particular, esta compilación representa un valioso punto de partida y un importante ahorro de tiempo.

Silvio Zavala, *El servicio personal de los indios en la Nueva España, 1576-1599*, volumen 3, México: El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1987, 920 pp

Esta reseña apareció originalmente en el volumen 98, número 3 de *The American Historical Review*. Traducción del inglés de H.T.

LOS MÉTODOS

DE

EVANGELIZACIÓN

*Pilar Gonzalbo
Aizpuru*

El Colegio de México ha publicado recientemente el tomo I de la obra Historia de la educación en la época colonial de Pilar Gonzalbo Aizpuru. A continuación ofrecemos un extracto del primer capítulo de este libro.

Las crónicas de las órdenes regulares abundan en relatos pintorescos y minuciosas descripciones de los recursos empleados por los primeros misioneros para vencer la inicial desconfianza de los indígenas y la barrera de la lengua. Más o menos explícito, en todos los casos se plantea el dilema entre el ideal evangélico y la práctica cotidiana, a la vez que la contradicción aparente entre la preparación académica de los frailes y sus humildes actividades en la convivencia con los infieles. Los métodos empleados para la instrucción y la educación son un ejemplo de ese dilema y de esa contradicción. Unas veces en conflicto con los conquistadores, otras como defensores de sus intereses en las encomiendas, a menudo en oposición a la jerarquía secular, y siempre protegiendo sus privilegios y atribuciones, los regulares emplearon sus conocimientos teológicos en elevadas polémicas universitarias, pero se desprendieron de prejuicios intelectuales para cantar el catecismo, dibujar sencillos libritos y escuchar a los niños para aprender de ellos sus lenguas.

El ideal evangélico hablaba de amor y de paz.

Los religiosos aspiraban a fundar comunidades ejemplares, como las de la cristiandad primitiva, con la que encontraban muchas semejanzas, ya que había actitudes y normas de comportamiento de la sociedad prehispánica basadas en una ética que encajaba perfectamente en los modelos de virtud recomendados por la Iglesia católica. Los reyes reiteraban las recomendaciones de proteger a los indios y dictaban leyes en contra de quienes pretendiesen abusar de ellos. Pero todas las buenas intenciones tropezaban con la ambición de riqueza de los conquistadores, la eterna penuria de erario real, el rigor de los recaudadores de impuestos, la corrupción de los funcionarios, la intransigencia de muchos eclesiásticos y la ineptitud de otros más.

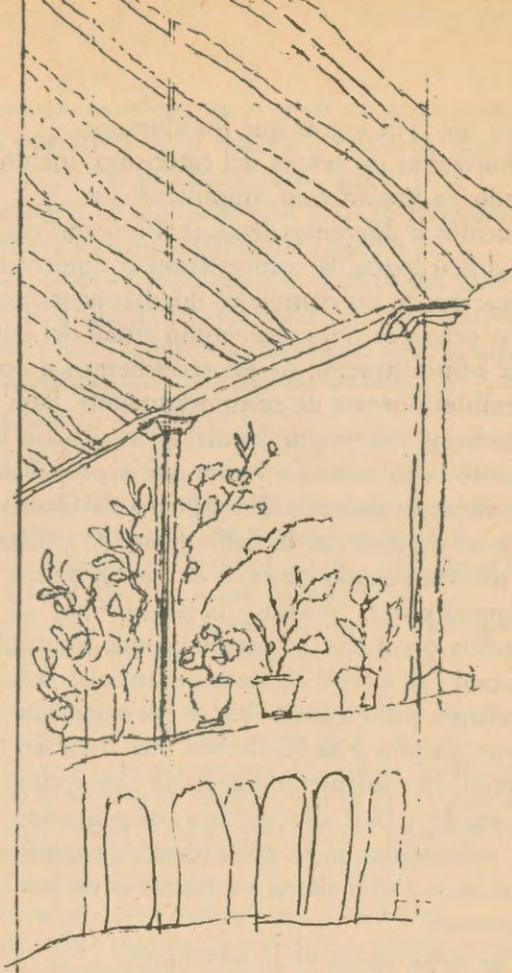
De un modo u otro, todos los habitantes de la Nueva España creían en las virtudes redentoras de la educación, pero pocos coincidían en lo que debía ser la práctica educativa. Los antiguos habitantes de Mesoamérica añoraban las escuelas prehispánicas, la formación del carácter por medio de la autodisciplina, la religiosidad como fundamento de los lazos comunitarios, la autoridad de los mayores, y los conocimientos superiores, que habían sido exclusivos de los *pipiltin* y que día a día se perdían sin remedio.¹ Los encomenderos habrían querido proporcionar a sus trabajadores un adiestramiento rápido y un estímulo que los animase a trabajar afanosamente, para aumentar las riquezas de sus patrones.² Los representantes de la corona pretendían extinguir cualquier vestigio del pasado que significase un recuerdo de una vida mejor; para ellos, la mejor educación sería la que apagasen ardores bélicos, anulase personalidades independientes y quebrantase voluntades rebeldes. En una sociedad dominada por la violencia tendrían que ser los religiosos, desarmados, quienes asegurasen la paz; su instrumento no sería otro que la educación, y su lógica la de la sumisión, la obediencia y la esperanza en una recompensa después de la muerte.

Algunos frailes tuvieron conciencia de su función legitimadora del orden, la asumieron satisfechos y la defendieron con sus argumentos; muchos más pensaron solamente en la necesidad de rescatar a los indios de su miseria y

postración; incapaces de modificar las circunstancias, quisieron facilitar el inevitable proceso de adaptación a ellas. Para la mayoría sólo importaba el mensaje de salvación eterna, un mensaje que tenían que llevar a todos los rincones y a todos los hombres y que no podía dejar de ser escuchado, aunque para ello tuvieran que recurrir a presiones de todo tipo. Con esta convicción acudieron a recursos ingeniosos, a pacientes repeticiones, a bondadosos requerimientos y a violentas coacciones.

En los primeros momentos, los misioneros afrontaron problemas elementales, como el de la comunicación y el de su propia supervivencia. Para el sostenimiento de doctrineros y conventos fue necesario acudir al servicio personal y a las contribuciones en materiales de construcción y productos alimenticios, proporcionados por los neófitos. La discusión sobre si era justo y conveniente obligar a los nuevos cristianos a pagar el diezmo, se resolvió con el dictamen de que no lo pagasen de aquellos productos destinados a su consumo interno y que siempre habían producido, pero que estuviesen sujetos a él cuando se ocupasen en cultivos de origen europeo y destinados al comercio. En cuanto a la comunicación, para la mayoría de los españoles significaba únicamente transmisión unilateral del mensaje cristiano o de las ordenanzas de gobierno; pero no faltaron quienes se preocuparon por conocer los elementos culturales de los pueblos mesoamericanos, asimilaron sus formas de expresión y pudieron llegar a una comprensión que llevaba implícito el respeto por valores éticos sinceramente reconocidos. Fueron, en general, los mejores conocedores de las lenguas indígenas, quienes admiraron pasadas virtudes y adoptaron elegantes formas de expresión, similares a las de los discursos de la época prehispánica.³

Algún caso aislado de predicación por señas estuvo condenado al fracaso, por más que el orador fuese un consumado maestro de mímica. Igualmente efímeros fueron los intentos de predicación a través de intérpretes, que tenían el grave riesgo de incurrir en herejías por la dificultad de comprensión de los intermediarios. Otro recurso de emergencia fue la lectura de textos preparados correctamente por los padres



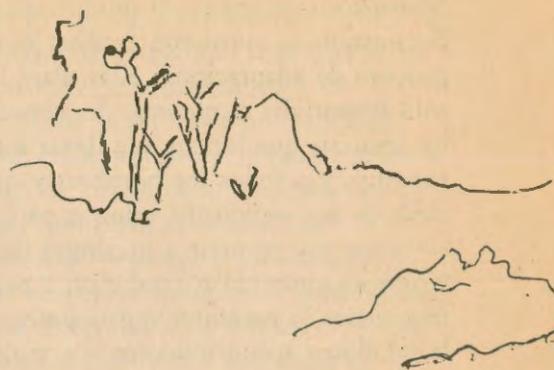
“lengua”, expertos en las formas de hablar locales, y que debían ser leídos por sus hermanos de orden, que no los comprendían. Ante estas dificultades podía considerarse a largo plazo la conveniencia de enseñar el castellano a los indígenas, pero lo verdaderamente urgente era que los evangelizadores adquiriesen el conocimiento del idioma de sus fieles. El precio no era demasiado alto cuando se trataba de salvar de la condenación eterna a miles o millones de almas que les habían sido confiadas.

En cumplimiento de la legislación, y según la experiencia lo recomendaba, en todos los conventos se organizó la instrucción en dos niveles diferentes: el más elemental, de doctrina cristiana exclusivamente, para todos, niños y adultos, y otro más especializado, que incluía lectura, escritura, canto y atención a los servicios del templo, para los jóvenes *pipiltin*. Este sencillo esquema respondía a una concepción de la sociedad que la consideraba separada en distintas categorías y ordenada de acuerdo con tradicionales criterios de prestigio y nobleza.

No fue fácil lograr que los alumnos memorizaran los textos del catecismo, incluso cuando ya habían sido simplificados y traducidos a diferentes lenguas. Pero aún era más difícil lograr la comprensión o siquiera la aceptación de los complejos dogmas cristianos y de las prácticas impuestas como ritual del culto en la administración de los sacramentos o como inflexibles normas de comportamiento. Para el aprendizaje puramente formal se auxiliaron los religiosos con cantos y bailes que acompañaban al monótono recitado. Fray Pedro de Gante informó de cómo se le había ocurrido utilizar ese sistema cuando observó la afición de los indígenas por la música y la danza. Con tonadilla o sin ella, se pretendió que los adultos tomaran “de coro” las partes esenciales del catecismo, pero a los niños se les exigió un mayor estudio y se les dedicó una atención especial. No solamente existía la convicción de que era más fácil adoctrinar a los pequeños, sino que se confiaba en su colaboración, cuando ellos mismos se convirtiesen en maestros de los mayores.

Las autoridades de la metrópoli recomendaron los internados para hijos de caciques, que ya se habían probado con éxito en la andaluza ciudad de Granada, recientemente conquistada a los musulmanes. Hernán Cortés previó su organización en vísperas de la llegada de los primeros religiosos, y las Ordenanzas para los vecinos de la Nueva España advertían a los dueños de encomiendas que si dentro de su demarcación había algún señor cacique o principal que tuviera hijos jóvenes, se los recogieran para adoctrinarlos. De preferencia los niños serían enviados a los internados de los conventos, pero en su defecto, podrían quedar a cargo del clérigo secular que actuase como doctrinero. Los franciscanos se hicieron cargo de aquel mandato desde el momento de su llegada, y los demás mendicantes a medida que se incorporaron a las labores de evangelización. Así informaba fray Martín de Valencia al emperador:

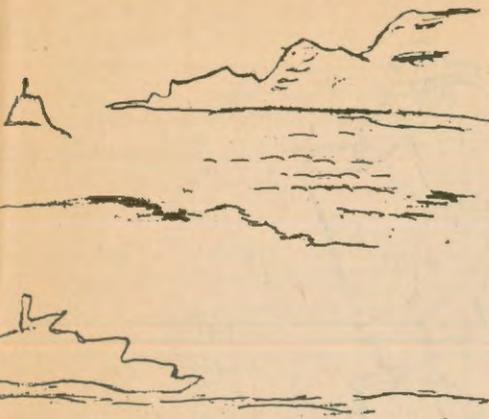
Así mismo, porque el fruto más cierto y durable se esperaba, como se ve, en los niños, y por quitar de raíz tan mala memoria, les tomamos todos los niños, hijos de caciques y principales (...) para los criar e industrial en nuestros



monasterios(...) y ya ellos mismos, hechos maestros y predicadores de sus padres y mayores, discurren por la tierra, descubriendo y destruyéndoles sus ídolos y apartándolos de sus feos vicios nefandos.

Como complemento de la predicación, para lograr una comprensión más efectiva de la doctrina, emplearon grandes lienzos o cuadros pintados, con escenas alusivas a las proposiciones del Credo, relatos de la vida de Jesús y ejemplos aleccionadores de la utilidad o necesidad de los sacramentos. Los oyentes contemplaban las sugestivas representaciones al mismo tiempo que escuchaban los sermones. También en esto los franciscanos fueron pioneros, y las demás órdenes regulares los secundaron después.⁴ El entrenamiento en la interpretación de los códigos pictográficos, facilitó a algunos jóvenes de la nobleza indígena la memorización de los textos catequísticos con el apoyo de figuras pintadas; los frailes aprovecharon esta circunstancia para ampliar el sistema por medio de libros pequeños, dibujados a mano y coloreados por los mismos frailes o por sus colaboradores indígenas.⁵ Estos libritos se utilizaron regularmente durante los siglos XVI y XVII, ya estuviesen al alcance de los neófitos, como en los primeros tiempos, ya los usasen exclusivamente los doctrineros. Incluso hay pruebas de que los franciscanos evangelizadores de las regiones septentrionales los utilizaron durante el siglo XVIII, cuando ya se incluía la oración inicial de “Todo fiel cristiano...”, de composición tardía.⁶

La afición de los naturales a los textos ilustrados, facilitó la difusión de las estampas con imágenes de santos y su aplicación a otro tipo de libros, como los *Hieroglyphicos de*



conversión. Donde por estampas y figuras se enseña a los naturales el aborrecimiento del pecado y desseo que deben tener al bien soberano del cielo.⁷ También se utilizaron grabados religiosos en sustitución de la bula de Cruzada, que se predicó en 1575 y que los naturales compraron más gustosamente que si se tratase del auténtico documento con el texto canónico.

Otra tradición local que se aprovechó con fines didácticos fue la afición a las representaciones dramáticas, en cierto modo parecidas a las obras del teatro español y europeo en general. Tal como se celebraban los misterios medievales, en el interior o al lado de los templos, se realizaron funciones en México, Tlatelolco, Tlaxcala y otras ciudades novohispanas, con la participación de los miembros de la comunidad, ya fuese como actores, como acompañantes corales o como artífices de los imponentes escenarios y del primoroso vestuario. Los temas de las obras, invariablemente de carácter religioso, reproducían asuntos bíblicos, como la caída de Adán o el sacrificio de Isaac; escenas de la vida de Jesús, como la anunciación a María o las tentaciones en el desierto, y cuestiones doctrinales, como el juicio final. Los diálogos ensalzaban el ejercicio de las virtudes y advertían sobre la amenaza del infierno, que se cernía sobre quienes rechazaban el sacramento del bautismo o desdeñaban el del matrimonio. Entre 1533 y 1600 se hicieron representaciones de 20 obras distintas, por lo menos, de autor anónimo y tema religioso. La influencia prehispánica predominaba en la escenografía, con árboles, plantas y animales vivos trasladados a las plazas y calles en que se celebraban las representaciones.⁸ El carácter didáctico de los textos utilizados es evidente, y su oportunidad

parece indiscutible; incluso en los argumentos más populares de la tradición cristiana europea, se introducen modificaciones aplicables a los problemas de la conversión y de la adopción de normas de comportamiento ajenas a las concepciones prehispánicas. El auto del juicio final es un excelente ejemplo de este objetivo moralizador aplicado al problema del rechazo del matrimonio por parte de los recién bautizados.

¹ El testimonio mesurado del oidor Alonso de Zorita muestra la existencia de esta actitud y las quejas por la pérdida de las antiguas virtudes. (Zorita, 1963, *passim*.)

² Era frecuente la demanda de trabajadores especializados, que se reclamaban al juez de repartimiento, y las quejas de los indios poseedores de especiales habilidades, a quienes apenas se permitía trabajar libremente por su cuenta. Esta información se completa en el capítulo relativo a la instrucción para el trabajo.

³ En los sermones y tratados piadosos de Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Juan de Tovar, Juan de Mijangos, Juan de la Anunciación y otros religiosos que tuvieron fama de nahuatlato, se encuentran párrafos completos que corresponden a giros lingüísticos y metáforas puramente prehispánicas. Su actividad evangelizadora manifestó la misma comprensión en otros aspectos. Hay estudios de Olmos, en Baudot (1982); el propio Mijangos escribió acerca de los "modos elegantes" de la expresión en náhuatl, y el mismo recurso se aprecia en los textos de los demás.

⁴ El franciscano Diego Valadés reivindicó la prioridad de su orden en el empleo de los carteles ilustrados. El dominico Dávila Padilla (1955, p. 632) comparte la misma versión. (Palomera, 1962, p. 281.)

⁵ La invención de este sistema y su aplicación a la instrucción doctrinal se atribuye a fray Jacobo Tastera (o Testera), fraile de San Francisco. El más conocido de los catecismos testerianos es el de fray Pedro de Gante, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

⁶ Nicolás León aduce este argumento como prueba de la fecha tardía del catecismo en lengua mazahua, que se conserva en la sección de documentos pictográficos de INAH. Estudio preliminar de la edición del mismo.

⁷ Este libro, hoy desconocido, se encuentra enumerado entre otras obras de fray Juan Bautista en el *Sermonario*, editado en 1606.

⁸ Gracias a las investigaciones de Joaquín García Icazbalceta, proseguidas por varios investigadores de nuestro siglo, se conocen varias obras del teatro de evangelización, tanto en lengua náhuatl como en castellano. Los franciscanos fueron los más apegados a este tipo de actividades; también se conoce una obra en zapoteco, representada en los conventos de la orden de predicadores, y varios años después, otras de los jesuitas. (Rojas Garcidueñas, 1935, 1972 y 1976; Pazos, 1951, y Horcasistas, 1974.)

ALTAR DE MUERTOS

Mariela Álvarez

A Romer y su máquina de escribir

En el cielo: un arcoiris con más tonalidades carmesíes que púrpuras. En el aire: un cierto olor a éxtasis. En la tierra: murmullos. En la habitación: colores que rechinan entre las velas.

Tú, que le dijiste a la muerte “Vigila las puertas. Cuida de mí, madre rigurosa”, prepárate para este festín de la memoria. Que cada uno de tus muertos, en sucesivo orden de irrupción, se vaya acercando a esta ofrenda preparada para regocijarlos.

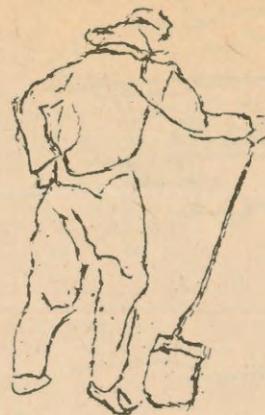
Sopa de ajo y papa para la madre muerta en un sopor instantáneo. Madre de ollas y sartenes pulidas, de gestos severos y constancia junto a mis fiebres tuve en esta vida. Duró el tiempo exacto para que un día, por sorpresa, lográramos un diálogo y luego se murió expectante, buscando en mis párpados una forma de reposar la angustia de haber estado viva.

Trata de no olvidar nada. Pon sus tijeras de cortar la tela, siempre al hilo, y los elaborados manteles de *crochet* que salían casi automáticamente de sus manos, mientras cabeceaba frente a un televisor que hablaba bajo para no despertarla.

Acumula en su altar hilos de colores, trozos de seda, encajes negros —pavorreales de bruma y arabesco—, cajones repletos de moldes con los que lograba convertir imágenes en atuendos de fiesta.

Los *Camel* espolvorean arena en esta mesa de rendirle un homenaje. Mírala fumando al caer la tarde, dejando que la ventana se encargue del humo y silbando bajito una música vieja, de esas que sólo resuenan en el pasado de la gente. Si pones, además, una embotada botella de oporto, la verás tomándose algún sorbo subrepticio, como quien se bebe una copa de vino de consagrar y con asombro ve que no se vuelve sangre.

Si llegabas tarde a casa y tenías demasiado sueño co-

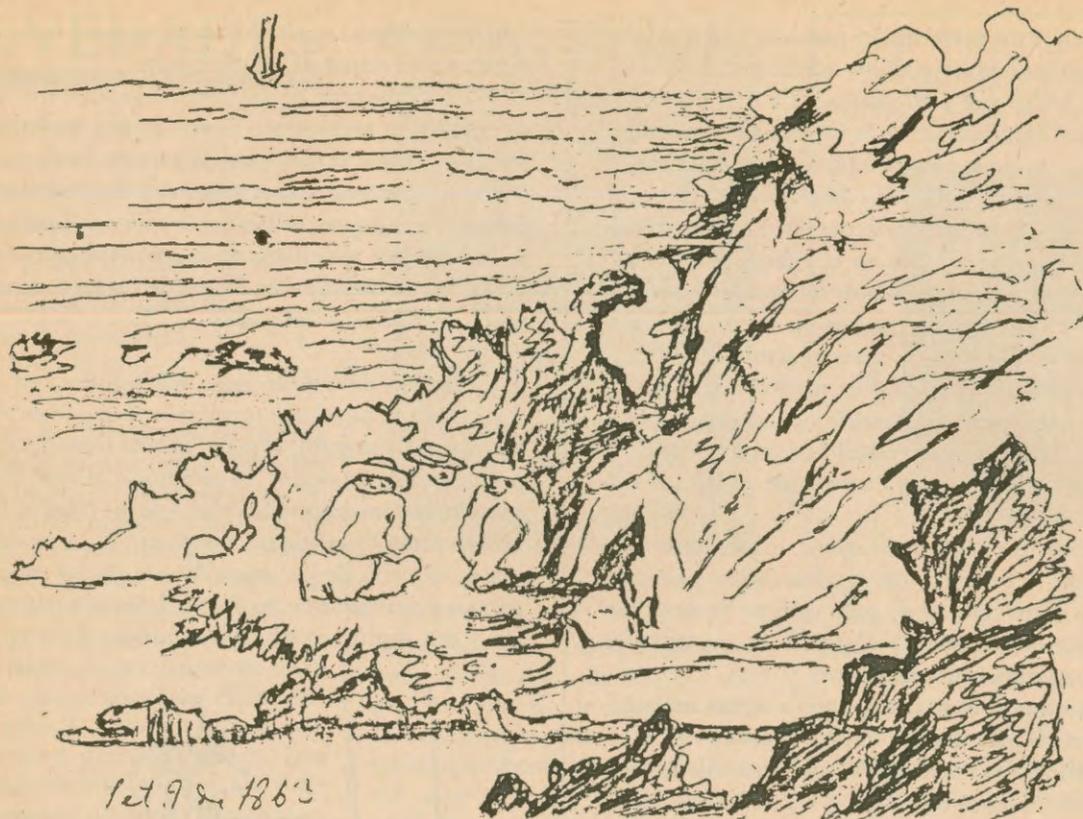


mo para transitar por comidas más amplias, ella sacaba a relucir una taza de leche con miel y canela. Ahora te toca a ti abrir un hueco en la tierra, para que su alma venga a lamer esa misma taza de leche caliente, derramada por tus manos que todavía tienen carne. Tu hija, algún día, hará lo mismo, pues tú también te has encaminado a la estufa para calmar su hambre, y en una olla de peltre has puesto la canela en rama para que se extasiaran de olor los rincones de tu casa.

Murió nostálgica de un pueblo entre montañas y de un caballo blanco —ya raído de tanto reinventarlo— que le regaló su padre cuando cumplió quince años. Pon un puñado de tierra de ese pueblo, sepúltala de nuevo bajo los huesos del caballo y cierra sus ofrendas con una jarra de agua de mar tomada de otro pueblo —lleno de descendientes de alguna barca de esclavos— para que una vez más la oigas repetir la anécdota aterrada de dos negros altos y flacos que, frente a ella, se iban destrozando a machetazos.

Es sólo un mundo de engaños elocuentes, papá. El arcoiris: papel picado con calaveras y urnas de puro viento. El olor: un palito de incienso que le compré a los *hare krishna*, y una bola de copal que me vendió una vieja sin dientes en una calle del centro. En la habitación crepitan los azules y los rojos, entre velones encendidos, tan sólo para darle calor a tu cuerpo despellejado. Todos estamos profiriendo murmullos, los vivos y mis muertos, y todos estamos invocando tu nombre para que no pierdas el caminito de caramelos de miel que hice desde la puerta de la entrada hasta este cuarto. Yo sé, papá, que no creías en nada más allá de tu sombra. Pero este rito que vivo te habría parecido una absurda amenaza, ahora es un colchón entero de algodón de azúcar, para que logres descansar, por fin, del estupor que te produjo la muerte.

Ya no necesitas tener miedo. Los jinetes del apocalipsis hace tiempo que te dejaron solo y se fueron para otro lado, llevándose toda la sala de terapia intensiva.



Estás en un reino donde las muelas no se llenan de caries y nadie se abate con la hipoglucemia.

Entra papá, entra de una vez. En mi altar tu vesícula ha dejado de ser una masa de pus y tus intestinos pueden procesar tranquilos cajas de chocolates rellenos con mazapán de naraja. En ese platón de cristal, allí, a tu derecha, he puesto “bienmesabe”. Yo misma rallé el coco hasta extraer una leche espesa que luego transformé en esta crema majestuosa con olor a alberca, a playa de arena fina donde se beben piñas coladas. Hice también papayas en almíbar, hicacos rojos y peludos que nadan en un jarabe brillante y puse los buñuelos de yuca en un baño pegajoso de piloncillo hervido. Hay almendras confitadas para que las saborees despacio, un dulce de naranjas amargas —ese que deglutías a escondidas de mamá, aterrada por el resultado de tus exámenes de orina— y una inmensa fuente de *mousse* de chocolate para que no se quede solo el pastel de nueces.

Te lo juro, papá, en este reino que acabo de inventar para ti, nadie tiene tubos hundidos en el cuerpo ni respira por la tráquea. Aquí los bienaventurados viven en casitas de praliné con techo de monedas de chocolate, los ríos son de miel y aunque nadie lo crea el *sugar blues* ha dejado de ser una amenaza de muerte.

Esperando atento en el umbral de la muerte siempre hay un hijo: el que mira sin mirar como los recién na-

cidos; el que carga a cuestas la incertidumbre de un cuerpo adolescente; el que ya cultiva arrugas de ser que envejece.

Para todos esos hijos abortados, perdidos en algún vericuetto de tantas historias similares, he colgado este estridente aleteo de papeles picados que configuran cunas y pajaritos feroces. El humo del copal y del incienso se enreda a ese vaho constante de leche regurgitada y talco *Mennen* que surge de los hombros de algunas mujeres; y su olor impregna los pañales que, luego de secados al sol, se planchan a temperaturas elevadas para extinguir cualquier bacteria pernicioso.

Una colección completa de frasquitos de *Gerber* —el de papaya y piña compite con el naranja agudo de las flores, el de ternera con arroz esparce su fetidez entre los jarrones cargados de nube, el de pollo y papa es un recordatorio de un animal que fue sacrificado hace meses y de una papa que alguna vez tuvo cáscara debajo de la tierra— se ordena en torno a un gran círculo vacío.

Los muertos, los otros, hace mucho que comieron y bebieron hasta impregnar de aire sus estómagos hondos, pero el lugar del hijo sigue desierto, lleno sólo de las historias que nunca le he contado, inmerso en la imposibilidad que tengo de descubrir la ofrenda más exacta.

Tengo entre los brazos un bebé petrificado que no proyecta sombra. Es un pinocho inmóvil que se anima

en las noches. Esta maternidad paralela —regocijada con los escombros de un sueño— amamanta con unos senos y una leche que pedí prestados a una diosa cubierta de tetas idénticas desde la cabeza hasta el suelo.

Sé, ahora, que no le pondré latas de leche en la ofrenda, para que mi bebé onírico no desarrolle alergias subterráneas, ni eructe con estruendo en mis oídos inválidos, incapaces de oírlo en el cuarto de al lado.

No tendrá caramelos de azúcar quemada —gallos y dragones de ámbar— para que sus dientecitos de mordisquear mi memoria no se pudran temprano.

No le daré cubos y cilindros de madera, de esos con los que se erigen fachadas hieráticas, para que no reproduzca en alguna posible pesadilla arcadas que se caen y túneles por donde circula la sonrisa de madres extrañadas.

No le pondré un faldellín de encaje, ni escarpines con cintas de seda, ni camisitas de algodón con un pato sonriente y dos soles bordados, para que no se descosan las costuras ni se destiñan los hilos, para que su ropa no se vuelva pañuelos empapados.

No tendrá juguetes de cuerda que se agitan en la noche como en las películas de miedo, ni perros de peluche que se impregnan de baba, ni colgantes sonoros que imitan el movimiento del mundo encima de la cuna; jamás le daré un salvavidas de plástico, para que no chapotee en el agua que se estanca del otro lado de mis brazos vacíos.

Entre los inmensos ramos de flores color naranja, el papel picado, las vaharadas de copal y los murmullos de los amigos que comen tamales, no olvides colocar los calzoncillos del primer hombre.

Pero, ¿quién podría ser ese primer hombre? ¿Aquel que abrió tu blusa detrás de una puerta de espejos y dejó al descubierto dos pechos blancos y rosados como conejos de cría? ¿El que te pigmentó la piel con una saliva químicamente excitada, o el que se abrió paso entre tus piernas con empeño de pionero?

De cada uno de los hombres que han afilado su deseo en el esmeril de mis huesos conservo congelada una anécdota. De algunos es tan sólo una mirada de reojo o un susurro, de otros un mordisco indelible en mi muslo derecho o una manía aprendida en la infancia con la que pretendía impresionarme.

Hijos de madres, hermanos de hermanas, nietos de abuelas, padres de hijas, uno a uno los amantes-muertos se van alineando en mi memoria, desnudos e insomnes, a la espera de que mi cuerpo los haga entrar en escena.

Si ahora vuelvo a mirarlos, les cambio la vestimenta y la expresión y los saco de la historia donde reiteradamente los he ido metiendo, más que adquirir relieve sirven sólo para describirme, son párrafos de un cuento

donde yo —igual que las actrices viejas— insisto en representar el papel de Blancanieves.

En estricto orden de antigüedad pasan frente a la mesa del altar a recoger sus ofrendas: una probeta de semen congelado, *in memoriam* de penetraciones que ahora configuran un acto sexual inagotable donde todas se confunden y confluyen; muestras de saliva y lágrimas, pues mi cuerpo fue asperjado en numerosas ceremonias, y brillantes globos rojos en forma de corazón donde atrapé el aire de sus carcajadas.

La cabecita de azúcar tiene mi nombre, en la urna diminuta veo asomarse una muñeca que se parece a mí cuando estoy muerta, el papel picado reproduce una cara que tiene mis rasgos, el aire huele al olor que tengo cuando duermo apretada debajo de las cobijas, los murmullos salen todos de mi boca, soy la carne de los tamales, el cebo de las velas, la tela de las mantas, los pétalos macerados de las flores. Los dejo que me inhalen y me deglutan. Me doy a todos.



Mexican Academic Clearing House (MACH)

*Materiales Académicos de Consulta Hispanoamericana /
Mexican Academic Clearing House (MACH)
exports library materials since 1969, all over the world.*

- MACH sells single and multiple copies of Mexican books and serials, including government publications.
- MACH handles selective blanket order services for academic libraries.
- MACH gives free referral service and periodical book lists.

Write for further information to MACH, Apartado postal 13-319, Delegación Benito Juárez, 03500 México, D.F.
Telephone numbers (915) 674 05 67 and (915) 674 07 79

NOVEDADES

Omar Masera

Crisis y mecanización de la agricultura campesina

EL COLEGIO DE MÉXICO
1ª ed. 1990, 228 pp.

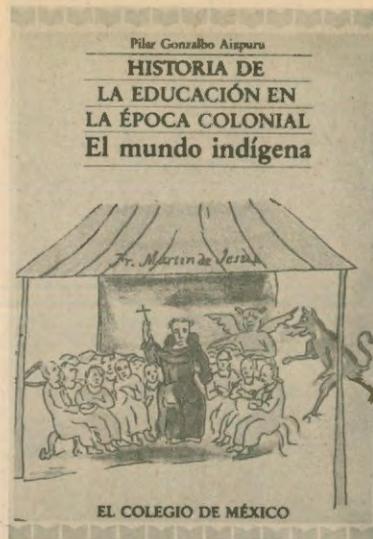
A pesar de que durante las últimas décadas la agricultura mexicana ha sido objeto de varios estudios, el análisis de las consecuencias de la introducción de tractores y de la mecanización en general no ha ocupado el interés de los investigadores. En el marco de la agricultura de temporal, el tema ha estado prácticamente abandonado durante años y no existen estudios sobre la introducción de tractores a nivel microeconómico. Esta investigación muestra que los fines por los que se promovió la introducción de tractores y aquellos para los que realmente se utilizaron no fueron los mismos. Mientras el Estado impulsó la mecanización de la agricultura campesina para aumentar la producción de granos básicos, los campesinos los utilizaron para dedicar menos tiempo al cultivo del maíz y derivar el trabajo ahorrado en las parcelas hacia otras actividades económicas. Entre otras consecuencias, se creó un importante mercado de renta de maquinaria, se intensificó la monetarización de la producción campesina y se abandonaron prácticas de cultivo que eran necesarias para conservar la calidad de las tierras.

Pilar Gonzalbo Aizpuru

Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena

EL COLEGIO DE MÉXICO
1ª ed. 1990, 276 pp.

Como parte de un vasto programa de evangelización y conquista cultural, la educación constituyó uno



de los ejes de la política española durante los tres siglos de dominio colonial. El cometido de esta obra —documentada con minucia y estructura sin menoscabo de la imaginación— es dar cuenta de las transformaciones que experimentó la educación impartida a los indígenas, preponderantemente religiosa pero también basada en la difusión de conocimientos suplementarios (lectura, escritura, música, cantos) en las lenguas de los grupos conquistados. Junto a la instrucción impartida en escuelas y colegios, el indígena recibió asimismo los beneficios de una educación informal que, aunada a la anterior, lo capacitó para incorporarse paulatinamente al desarrollo económico y social que demandaba la vida en la Nueva España.

Josefina Zoraida Vázquez y
Pilar Gonzalbo Aizpuru
Guía de protocolos. Archivo General de Notarías de la Ciudad de México, año de 1842

EL COLEGIO DE MÉXICO
1ª ed. 1989, 432 pp.

El difícil periodo entre dos guerras exteriores afectó a la vida económica de la ciudad de México y las con-

Raúl Ávila

El habla de Tamazunchale



secuencias de esta crisis prolongada se reflejaron en las operaciones registradas en los protocolos que hoy se conservan en el Archivo General de Notarías de la Ciudad de México.

La guía que presentamos, del año de 1842, muestra esta situación de inercia, con cambios poco apreciables en el volumen de operaciones financieras, precios de muebles relativamente estables y pocas empresas registradas en el área de prestación de servicios. Como en años anteriores, la reiteración de ciertos apellidos y la presencia de miembros del clero y del ejército en numerosas transacciones, contribuyen a completar el perfil de los miembros activos de la sociedad capitalina, que ya habían asomado en ocasiones anteriores.

Raúl Ávila

El habla de Tamazunchale

EL COLEGIO DE MÉXICO
1ª ed. 1990, 276 pp.

El presente estudio dialectológico aborda el habla de la ciudad de Tamazunchale, cabecera del municipio del mismo nombre, que forma parte del estado de San Luis Potosí y está ubicado en el extremo suroriental del mismo, en las estribaciones de la Sie-

rra Madre Oriental, dentro de la región llamada Huasteca Potosina.

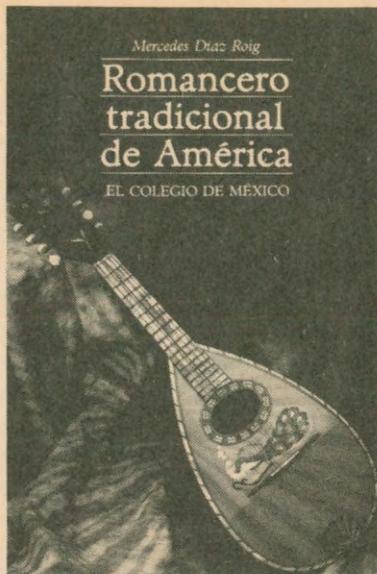
Se estudian aspectos fonológicos, gramáticos y lexicales, en el marco de una investigación que se preocupa también por situar a Tamazunchale en su contexto histórico, geográfico y social.

Omar Martínez Legorreta,
compilador
*Relations between Mexico
and Canada*

EL COLEGIO DE MÉXICO
1ª ed. 1990, 384 pp.

El Colegio de México together with the Canadian Institute of International Relations undertook the organization of a forum to bring specialists together to analyse Mexico and Canada's situations as well as their foreseeable future. The first of the meetings called Mexico-Canada Colloquia was held in Oaxtepec, Mexico in 1967; the second in Toronto, Canada in 1969. Some years later, the University of York in Toronto through the Centre for Research on Latin America and the Caribbean (CERLAC) and El Colegio de México prepared the third meeting which was held at El Colegio de México's facilities in Mexico City.

The papers presented on the Third México-Canada Colloquium published in this volume include the discussions that followed the papers' presentation. It is relevant to note that the relations with the United States served as an important reference point. Greater rapprochement between Mexico and Canada can only result, ultimately, in deeper understanding and in the enhancement of the relations among these three countries.



Mercedes Díaz Roig
*Romancero tradicional de
América*

EL COLEGIO DE MÉXICO
1ª ed. 1990, 320 pp.

El Romancero tradicional es un género de gran difusión en todo el mundo hispánico. Nacido en el siglo XIV (o a finales del XIII), es la muy peculiar manifestación española de la balada europea.

Pero el Romancero, a diferencia de la balada europea, no ha desaparecido del ámbito popular sino que sigue viviendo en el mundo hispánico y es parte intrínseca de la literatura tradicional de los países o grupos humanos que lo componen. Se renueva sin cesar mediante recreaciones y aun incorporando temas de factura más moderna.

En América, el Romancero se halla en todo el continente, desde los núcleos de habla hispana en Estados Unidos hasta la Tierra del Fuego.

Hay muchas publicaciones americanas que contienen recolecciones de romances, pero no existe una que presente un panorama general de todo el Romancero tradicional que se canta en América. Esto es lo que el presente libro intenta hacer, mediante una selección de las diversas versiones de los romances más difundidos encontrados en cada país americano.

REVISTAS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA 154

Volumen XXXIX, número 2,
octubre-diciembre, 1989

Xavier Noguez, "Cuáuhuyotl y ocelóyotl. Un problema de status adscritos y adquiridos en la sociedad mexicana prehispánica"; Ernesto de la Torre Villar, "Diego Antonio Bermúdez de Castro en la historiografía novohispana"; Michael P. Costeloe, "Los generales Santa Anna y Paredes y Arrillaga en México, 1841-1843: rivales por el poder, o una copa más"; Linda Arnold, "La política de la justicia: los vencedores de Ayutla y la suprema corte mexicana"; Renée González de la Lama, "Los papeles de Díaz Manfort: una revuelta popular en Misantla (Veracruz), 1885-1886"; Héctor G. Martínez, y Francie R. Chassen, "Elecciones y crisis política en Oaxaca: 1902"; Silvio Zavala, "Adición sobre fray Miguel de Arcos y Correcciones y adiciones a «Algo más sobre Vasco de Quiroga»"; Carlos Sempat Assadourian, "Cuadro: Mita de Potosí establecida por Toledo"; Moisés González Navarro, "Jalisco desde la Revolución".

HISTORIA MEXICANA 155

Volumen XXXIX, número 3,
enero-marzo, 1990

Enrique Florescano, "Mito e historia en la memoria nahua";

Alfredo López Austin, "Del origen de los mexicas: ¿nomadismo o migración?"; Pedro Carrasco, "Sobre mito e historia en las tradiciones nahuas"; Georges Baudot, "Nota sobre el discurso histórico náhuatl"; Enrique Florescano, "Hacia una reinterpretación de la historia mesoamericana a través del mito"; Jérôme Monnet, "¿Poesía o urbanismo? Utopías urbanas y crónicas de la ciudad de México (siglos XVI a XX)"; Juan Javier Pescador, "Devoción y crisis demográfica: la Cofradía de San Ygnacio de Loyola, 1761-1821".

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Tomo XXXVIII, número 1, 1990

Max E. Figueroa, "La lingüística en Cuba: balance y perspectivas"; Atanasio Herranz, "El español de Honduras a través de su bibliografía"; Erica García, R. de Jonge, D. Nieuwenhuijsen, y C. Lechner, "(V)os- (otros): ¿dos y el mismo cambio?"; Rodolfo Alpizar Castillo, "El término científico y técnico y el diccionario académico"; Dorothy Tanck de Estrada, "Innovaciones en la enseñanza de la lectura en el México independiente, 1821-1840"; Enrique Pupo-Walker, "Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Nafragios* de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca"; Jorge Checa, "El Divino Narciso y la redención del Lenguaje"; Joaquín Álvarez Barrientos, "Del pasado al presente. Sobre el cambio del concepto de

imitación en el siglo XVIII español"; Jesús Pérez Magallón, "Gregorio Mayans en la historiografía literaria española"; Beatriz Garza Cuarón, "Francisco Pimentel, precursor de las historias de la literatura mexicana"; Jon Juaristi, "Ironía, picaresca y parodia en *La de Bringas*"; Manuel Morales Muñoz; "Pensativo de Serrano Oteiza, ejemplo de literatura anarquista"; Rafael Olea Franco, "Lugones y el mito gauchesco. Un capítulo de historia cultural argentina"; Rose Corral, "Aproximación a un texto de vanguardia: *Espantapájaros (Al alcance de todos)* de Oliverio Girondo"; Yvette Jiménez de Báez, "El mundo de Juan en *Pedro Páramo*"; Leopoldo M. Bernucci, "La guerra del fin del mundo y la Edad Media actualizada".

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Tomo XXXVIII, número 2, 1990
Número monográfico dedicado a Cervantes

MONIQUE JOLY, Introducción; Jean Canavaggio, "Para la génesis del *Rufián dichoso*: el *Consuelo de penitentes* de fray Alonso de San Román"; Daniel Eisenberg, "Repaso crítico de las atribuciones cervantinas"; Anthony Close, "Algunas reflexiones sobre la sátira en Cervantes"; Michel Moner, "Cervantes y la traducción"; Sylvia Roubaud, "Cervantes y el *Caballero de la Cruz*"; Tatiana Bubnova, "Cervantes y *Delicado*"; Juan Bautista Avall-Arce, "Cervantes entre pícaros";

Hans-Jörg Neuschäfer, "El curioso impertinente y la tradición de la novelística europea"; Aurora Egido, "La memoria y el arte narrativo del *Persiles*"; Antonio Alatorre, "Perduración del «ovillejo cervantino»"; Adriana Lewis Galanes, "El soneto «Vuela mi estrecha y débil esperanza»: texto, contextos y entramado inter textual"; Francisco Márquez Villanueva, "El retorno del Parnaso"; Eduardo Urbina, "Hacia *El viejo celoso* de Cervantes"; Maurice Molho, "Aproximación al *Celoso extremeño*"; Edwin Williamson, "El «misterio escondido» en *El celoso extremeño*: una aproximación al arte de Cervantes"; Isaiás Lerner, "Quijote, Segunda parte: parodia e invención"; Maxime Chevalier, "Cinco proposiciones sobre Cervantes"; John J. Allen, "El desarrollo de Dulcinea y la evolución de Don Quijote"; Agustín Redondo, "Nuevas consideraciones sobre el episodio de Andrés en el *Quijote* (I, 4 y I, 31)"; María Caterina Ruta, "Aspectos iconológicos del *Quijote*"; Giuseppe Di Stefano, "—Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza..."; Monique Joly, "Microlecturas: en torno a algunas referencias de Cervantes al vino"

ASIA Y ÁFRICA 82

Volumen XXV, número 2, mayo-agosto, 1990

Manuel Moreno, "Esbozo de una teología agraria hindú"; Susana B. C. Devalle, "Los sikhs en Canadá: ¿«Diáspora» o migraciones?"; Russell Maeth Ch., "Otra vez, el palíndromo

fuera de Occidente"; Guillermo Quartucci, "La modernidad literaria en Japón"; Walburga Wiesheu, "El neolítico en el plano central del norte. Orígenes autóctonos de la civilización china"; Carl T. Berrisford, "Relación entre confucianismo y modernización: el caso de Taiwan"; Yarisse Zocizoum, "La guerra Eritrea-Etiopía"; Antonio Ocaranza, "Los flujos de inversión japonesa en el mundo y en el Pacífico asiático".

ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS 23

Volumen VIII, número 23, mayo-agosto, 1990

Bernardo González-Aréchiga y José Ramírez, "Definición y perspectiva de la región

fronteriza"; Tonatiuh Guillén, Edgard W. Butler y James B. Pick, "La política fronteriza del norte de México. Perspectivas en la década de los noventa"; Roberto A. Sánchez, "Contaminación industrial en la frontera norte: algunas consideraciones para la década de los noventa"; Raúl González R. y Jorge Santibáñez R., "La encuesta socioeconómica anual de la frontera (ESAF). Nota descriptiva"; Mario Bronfman, "Mortalidad infantil y crisis en México"; Francisco Durand, "La nueva derecha peruana: orígenes y dilemas"; Vania Salles, "Modernidad/posmodernidad: un contexto para pensar algunas cuestiones planteadas por Marshall Berman"; E. Tuñón, G. Roel y O. de Oliveira, "Trabajo, poder y sexualidad, una visión crítica".

IGNACIO RAMÍREZ, DIBUJANTE

Corría el verano de 1979 y nos hallábamos en San Miguel Allende —donde nació Ignacio Ramírez "El Nigromante" en 1818— para conmemorar los cien años del fallecimiento de este ilustre latinoamericano (15 de julio de 1879). Llevábamos varios meses de investigación (recuerdo la alegría al recibir una foto de su fe de bautismo) encaminada a contribuir a una obra (sus obras completas; deuda que estamos en obligación de saldar) cuando llegan a la Casa de la Cultura "El Nigromante" Víctor Sandoval y sus colaboradores para montar en una de sus salas una exposición relativa a la vida y obra de Ramírez. Entre los objetos, que habían estado en poder de una nieta, María Elena Ramírez, había dos pequeñas agendas. Curioso de qué anotaba, "descubrí" que también era dibujante. Pedíle entonces a Carmen Massip, (directora de la casa de cultura) que me prestara un rato esas dos joyas. Gracias a ella, pude ir a tomar las reproducciones que ahora, felizmente, nos da este *Boletín Editorial*. Las doné a El Colegio. Recuerdo la satisfacción de Víctor Urquidí y Carlos Arriola cuando ordenaron que pasaran a la Colección Especial de la biblioteca Cosío Villegas. Sirvan ellas para testimoniar que Ramírez también era dibujante.

Mario Federico Real de Azúa

ECOLOGÍA Y MEDIO AMBIENTE

Herman E. Daly (comp.)
ECONOMÍA, ECOLOGÍA, ÉTICA
 Ensayos hacia una economía en estado estacionario

Robert Alex Baron
LA TIRANÍA DEL RUIDO

Edouard Bonnefous
¿EL HOMBRE O LA NATURALEZA?

Lester Russell Brown (comp.)
EL ESTADO DEL MUNDO
 Un informe del Instituto Worldwatch acerca del progreso hacia una sociedad perdurable
 2 tomos

Fernando Césarman
CRÓNICAS ECOLÓGICAS

Edward G. Farnworth y Frank B. Colley (comps.)
ECOSISTEMAS FRÁGILES
 Evaluación de la investigación y aplicación en los neotrópicos

Manuel López Portillo y Ramos (comp.)
EL MEDIO AMBIENTE EN MÉXICO: TEMAS, PROBLEMAS Y ALTERNATIVAS

Henry John McCloskey
ÉTICA Y POLÍTICA DE LA ECOLOGÍA

David W. Orr y Marvin S. Soroos (comp.)
MUNDO Y ECOLOGÍA
 Problemas y perspectivas

Jorge Rabinovich y Gonzalo Halffter (comps.)
TÓPICOS DE ECOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

Maurice F. Strong (comp.)
¿QUIÉN DEFIENDE LA TIERRA?

Study of Critical Environmental Problems (SCEP)
LA INFLUENCIA DEL HOMBRE EN EL MEDIO GLOBAL
 Informe del SCEP

Franisco Vizcaino Murray
LA CONTAMINACIÓN EN MÉXICO

Barbara Ward y René Dubos
UNA SOLA TIERRA
 El cuidado y conservación de un pequeño planeta

J. Donald Hughes
LA ECOLOGÍA DE LAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS

Jean-Bernard Leroy
LOS DESECHOS Y SU TRATAMIENTO
 Los desechos sólidos, industriales y domiciliarios

Harrison Scott Brown
OTRA VISITA AL FUTURO DE LA HUMANIDAD
 La difícil situación del mundo y sus posibles soluciones

John Humphrey Storer
LA TRAMA DE LA VIDA
 Introducción a la ecología

Harrison Scott Brown
EL VIGÉSIMO NOVENO DÍA
 Las necesidades humanas frente a los recursos de la Tierra

Donella H. Meadows y otros
LOS LÍMITES DEL CRECIMIENTO
 Informe al Club de Roma sobre el Predicamento de la Humanidad

Jan Tinbergen (coord.)
REESTRUCTURACIÓN DEL ORDEN INTERNACIONAL
 Informe al Club de Roma

Mihajlo Mesarovic y Eduard Pestel
LA HUMANIDAD EN LA ENCRUCIJADA
 Segundo Informe al Club de Roma

Barbara Ward
LA MORADA DEL HOMBRE

Carlos Vázquez Yanes y Alma Orozco Segovia
LA DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA

Jean Dorst
LA FUERZA DE LO VIVIENTE
 Cómo podremos sobrevivir

Lester Russell Brown
EDIFICANDO UNA SOCIEDAD PERDURABLE

Antonio Alonso Conchelo y Luis Rodríguez Viqueira
ALTERNATIVAS ENERGÉTICAS



Fondo de Cultura Económica

EL COLEGIO DE MÉXICO

DOCTORADO EN HISTORIA

REQUISITOS:

- I. Ser menor de 35 años
- II. Poseer título de licenciatura o maestría en historia o carreras afines de las ciencias sociales
- III. Conocimiento de la lengua inglesa
- IV. Presentar o enviar solicitud de ingreso antes del 30 de enero de 1991

Mayores informes en:

EL COLEGIO DE MÉXICO
 Camino al Ajusco 20

Apartado Postal 20-671, Teléfono: 568 60 33 Ext. 334

ESTUDIOS

filosofía / historia / letras

21

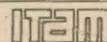
verano 1990

ANTONIO ALATORRE *Un soneto de Góngora*
 FRANÇOIS FURET *Tocqueville y la Revolución Francesa*
 RAMÓN XIRAU *André Breton, renovadamente*
 ARMANDO PEREIRA *Narrativa de la Revolución Cubana*

CARLOS DE LA ISLA *Educación para la libertad*
 RAÚL FIGUEROA *Historiografía de las relaciones México-España*

EDUARDO MILÁN *Entrevista con Alejandro Rossi*

Carta de LEO LÖWENTAL a JÜRGEN HABERMAS



INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO

Suscripción a ESTUDIOS (4 números) México, D.F., \$ 30,000. Rep. Mexicana \$ 35,000. Extranjero 30 dls. USA.
 Adjunto cheque o giro bancario a nombre del Instituto Tecnológico Autónomo de México

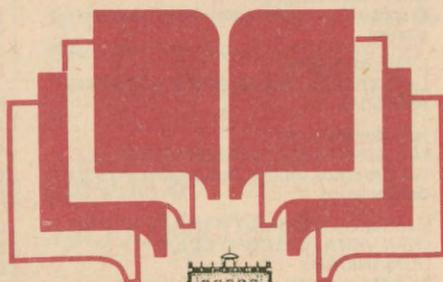
Nombre: _____ Tel: _____

Dirección: _____ C.P.: _____

Ciudad y Edo.: _____ País: _____ Fecha: _____

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO (ITAM) Departamento Académico de Estudios Generales
 Río Hondo 1 San Ángel 01000 México, D.F.

XII FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO



palacio de minería

méxico

XII international book fair in mexico
XII foire internationale du livre au mexique

**del 23 de febrero al 3 de marzo de 1991
en el palacio de minería, ciudad de méxico**

organiza

universidad nacional autónoma de méxico

a través de

**facultad de ingeniería, unam
coordinación de humanidades, unam
coordinación de difusión cultural, unam
coordinación de la investigación científica, unam
cámara nacional de la industria editorial mexicana**



tels: 512-87-23 y 521-46-87

información information:

télex: 1777429 unamme

tacuba no. 5 méxico -06000,d.f.

fax: 548-96-65

telefax 548-9665

apartado postal 20-515

méxico 01000,d.f.

